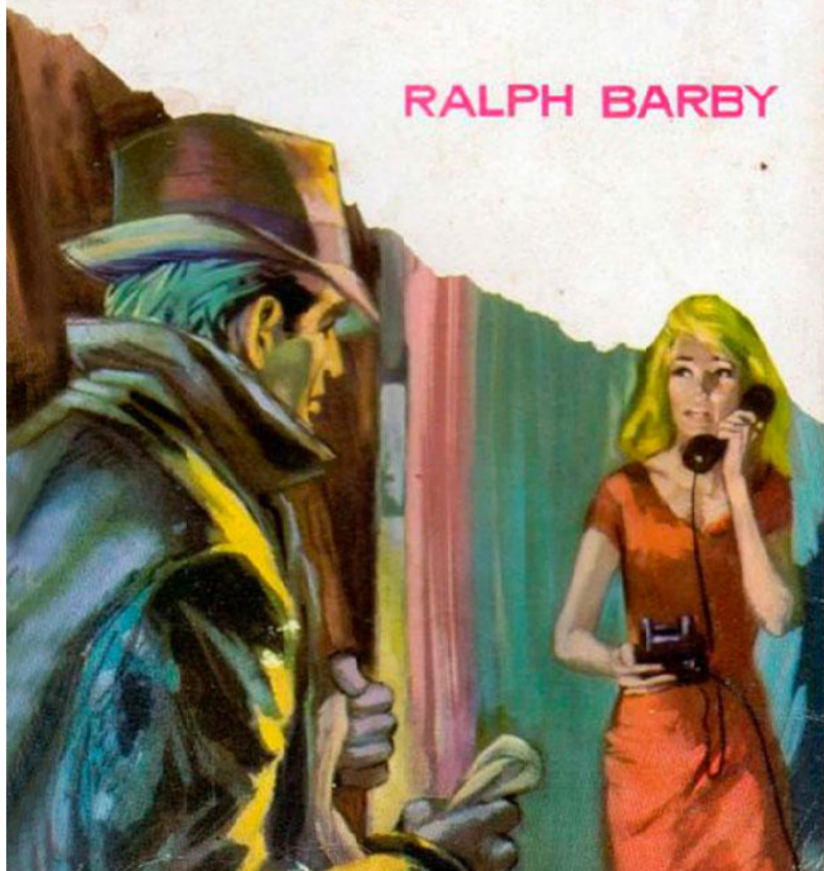




DIAMANTES INDIGESTOS

RALPH BARBY



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

DIAMANTES INDIGESTOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 375

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 17.822 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1969

© RALPH BARBY - 1969
sobre la parte literaria

© SANTIAGO TAMUREJO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

547 — La charca del sapo.

En Colección KANSAS:

570 — Rosas blancas del Sur.

En Colección CALIFORNIA:

681 — La muerte galopaba sin freno.

En Colección BRAVO OESTE:

433 — Manantial de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

984 — Cazador de hampones.

En Colección SALVAJE TEXAS:

688 — Duro y frío como el diamante.

En Colección PUNTO ROJO:

368 — Pelotari.

En Colección ASES DEL OESTE:

509 — Más fuerte que la sangre.

En Colección BISONTE:

1.106 — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BUFALO:

779 — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Jank V. Kelly dejó impresas en el asfalto las huellas de los neumáticos de su «M.G.» frente al edificio en el que se albergaba el Diamond Club.

Abandonó el coche sin abrir la portezuela, saltando por encima de la misma, y se dirigió al egregio local londinense donde más que refugiarse y encontrarse los poderosos del mundo del diamante, tejían sus negocios.

Desde aquel edificio oscuro, con muros sucios por la niebla londinense, se controlaba el mundo del diamante.

Penetró en el *hall* y una elegante *public relations* le recibió con la mayor de sus sonrisas.

—Señor Kelly, el consejo le aguarda.

—Creo que no me he retrasado, claro que si te llevo a encontrar a ti un poco antes, me temo que esos viejos ricachos hubieran tenido que esperar por lo menos una hora.

La chica encajó el sentido de las palabras de Kelly, un ejemplar varonil de elevada estatura, aire jovial, mentón acusado, cabello claro y sonrisa ligeramente cínica. Le respondió con aire seudomohino.

—¿Tan poco tiempo le hubiera entretenido?

—Es que soy muy rápido, preciosa. Ahora, llévame ante esos ricachos que florecen entre diamantes.

La fémina echó a andar. Era atractiva, con *sexy* pero no tenía el aire de una chica de conjunto. Todo lo que hacía, incluso su caminar, era elegante y no movía en exceso sus redondas caderas.

Jank Kelly pensó que tal vez valdría la pena probar si aquel ejemplar de mujer le retrasaba algo más de una hora. Sin embargo, no tuvo tiempo de hacer más cábalas, pues habían llegado frente a la puerta donde se celebraban las reuniones de los grandes magnates del mundo del rey de las gemas.

Cuatro hombres de elevada estatura y vestidos con un uniforme muy especial custodiaban la puerta tras la que se escuchaban sonidos que Jank no tardó en calificar.

—Parece que los viejos gruñen.

—Un poco. No les suelte ninguna ironía; puede sentarles mal.

—¿Debo pensar que la situación está al rojo vivo?

—Me temo que sí.

—Espero que la nave no haga totalmente aguas.

Los guardianes se hicieron a un lado para cederles el paso, pues estaban alertados de su llegada.

Al penetrar la rubia Thelma Dee, la *public relations* del Club del Diamante, seguida de Jank V. Kelly, los veintidós hombres reunidos en torno a la mesa larga y elíptica enmudecieron para centrar sus miradas sobre la pareja.

Aquellos veintidós hombres representaban la propiedad o dirección general de las minas de diamantes más importantes del orbe.

Entre ellos se sentaban los tres joyeros más importantes que controlaban el mundo del brillante, o sea, el diamante una vez tallado.

Uno de ellos era Joseph Norton, norteamericano, el otro el armenio Piasecki y el tercero Van Garen, cabeza visible del sindicato gemólogo de Amsterdam.

Kelly lanzó un silbido de admiración nada ortodoxo frente a unos personajes de tanta categoría. Demostrando su sorpresa, exclamó después:

—¡Diablos, está reunido aquí todo el mundillo del diamante en persona!

A aquellos personajes no acabaron de gustarles las expresiones del americano con aires de *play-boy*, pero la experiencia les había demostrado que en el mundo de la investigación era el mejor ejemplar de detective que podían contratar.

—Por favor, tomen asiento —ordenó más que ofreció el británico lord Wood, presidente del Club del Diamante, cargo más honorífico que ejecutivo, pues sólo podía ordenar lo que de antemano había aprobado la junta por mayoría y siempre que los votos favorables fueran superiores a los dos tercios más uno.

En la punta de la elipse de madera más cercana a la puerta, se

acomodaron Thelma Dee y Jank Kelly. Este último, al sentarse, no pudo por menos que lanzar una ojeada admirativa a las piernas de la fémina que al llevar falda corta demostró que eran capaces de desviar las pupilas de los insensibles centinelas del palacio de Buckingham.

El presidente del club carraspeó haciéndole desviar la mirada pese a que la hermosa *public relations* no hizo el más mínimo movimiento para cubrir su sonrosada epidermis.

—Señor Kelly, este club sabe de sus éxitos y mucho más de sus excelentes servicios.

—Les pareceré práctico, pero ustedes también me agradan a mí. Pagan siempre puntualmente y en efectivo.

—Señor Kelly —tornó a hablar el presidente del club, portavoz de los restantes miembros ejecutivos allí presentes—. No hagamos más divagaciones. Le hemos llamado porque se trata de un caso muy importante.

El representante de los joyeros americanos habló para advertir:

—Se trata de un caso difícil. Sin embargo, cualquiera de los investigadores privados que tenemos cada uno de los que estamos aquí presentes podría solucionar el caso. Pero...

—Entiendo —cortó el propio Kelly—. Ustedes me prefieren a mí porque no pertenezco a su organización y digamos que soy neutral. Averiguaré lo que sea y caiga quien caiga, sin aprensiones o intereses de ninguna clase.

—Exacto —corroboró el armenio Piasecki frunciendo su nariz apenas perceptible mientras movía sus ojos de roedor tras las gafas de simple montura de oro—. Es necesario que resuelva nuestro problema cuanto antes o será mucho lo que nosotros podamos perder.

—Bien, pero a mí, siempre que me ocupo de un caso, se me ocurre una pregunta.

—¿Cuál es? —inquirió el presidente del club entrecruzando sus dedos.

—¿Cuánto voy a cobrar por el trabajo?

—Es usted práctico.

—Siempre lo he sido. Al nacer me dijeron que sí quería vivir tenía que comer. Mi madre fue mi primera proveedora, claro que ella no me cobró, pero si ahora voy a un restaurante sí me cobran y

caro. Ya saben que para saciar el apetito hay que llevar buenos dólares en la cartera.

Lord Wood sonrió irónico. Con palabras uniformes, para que quedara bien claro cuánto decía, añadió:

—Si el trabajo llega a feliz término, le entregaremos un cheque en blanco. ¿Conforme?

Jank V. Kelly lanzó un silbido admirativo mientras era observado por Thelma y luego preguntó abiertamente:

—¿No se les ha ocurrido pensar que puedo ser muy ambicioso a la hora de rellenar el talón que tan amablemente me ofrecen?

Norton, compatriota suyo, fue directo al grano replicando:

—Se le pagará lo que pida, ya se lo han dicho. Por mucho que le paguemos, siempre será poco si nos resuelve el problema.

—¿Riesgos?

A la escueta pregunta de Kelly, lord Wood asintió:

—Supongo que todos, pero si muere tendrá la mejor corona de flores que se haya visto en Londres y en la cinta se leerá el nombre de nuestro club.

—Magnífico. A eso le llamo *yo*, morir con todos los honores.

—¿Y bien? Aguardamos su respuesta —apremió el nervioso armenio.

—Antes de aceptar debo saber de qué se trata. Por dinero arriesgo el pellejo, pero por dinero no me quedo sin conciencia.

—Nos sorprende, Kelly. Creíamos que usted era un hombre práctico y sin escrúpulos —comentó irónico Asael Baehr, el propietario de las minas Diamond Star ubicadas en Sudáfrica.

—Aún poseo la capacidad de ser sorpresivo. Ahora, soy todo oídos. Luego les diré si voy por el cheque en blanco o me marchó por donde he venido con las manos en el bolsillo.

—Un hombre de su talla no debería tener problemas de conciencia casi reprochó Piasecki. —Puede serle muy perjudicial. Si hay que apretar el gatillo debe hacerlo fríamente, sin vacilar, lo mismo que el golpe de martillo para la talla de un diamante.

—Ahora soy yo el sorprendido. En el país de la gran civilización, en la imperial Inglaterra, se habla de apretar el gatillo contra el prójimo como si se tratara de pasar una simple tarjeta de visita y todo ello al margen de la ley. ¿Por qué?

Lord Wood cortó la polémica por su base.

—Dejémonos de políticas y filosofías baratas. Lo que importa es que nos saque del atolladero.

—Bien, pero a mí se me ocurre una pregunta.

—¿Cuál? —preguntó Norton.

—Si después de contarme el asunto digo que no me interesa el cheque, ¿qué sucederá?

—Ya le he dicho antes que si fallece no va a faltarle una corona de flores.

—Eso quiere decir que si deseo renunciar he de hacerlo ahora mismo antes de escuchar, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. El asunto es muy secreto. Si lo que le vamos a contar trasciende de esta sala de juntas, se creará una alarma primero, luego vendrá la crisis y por último el pánico que no sólo repercutirá en el mundo de las joyas sino en el económico. Bien es sabido que muchas fortunas se avalan con el valor de sus joyas y entre las joyas, el diamante es el rey.

—De acuerdo, me arriesgo. Claro que eso, a la hora de rellenar el cheque, me hará ser un poco más ambicioso —advirtió Kelly.

—No se lo reprocharemos —repuso Norton.

—Kelly, vea esto. Es el principio de su investigación.

Lord Wood, situado al otro extremo de la mesa, entregó algo al armenio que éste recibió con sumo cuidado y pasó a su compañero de mesa. Así sucesivamente hasta llegar a las manos de Thelma de las cuales lo tomó Kelly haciendo antes un comentario halagüeño para la mujer.

—Un brillante, pero tú luces mucho más que él.

—Gracias, pero no creo que estos caballeros deseen oír requiebros.

El brillante que quedó en la mano del investigador privado internacional era de considerable tamaño y la luz de los fluorescentes arrancaba destellos a sus facetas simétricas.

—Magnífica piedra —dijo sopesándola—. Tendrá sus veinticinco gramos.

—Exacto —corroboró Wood—. Ciento veinticinco quilates es lo que tiene ese brillante.

—Y por lo visto, carece de puntos de carbono o burbujas de aire que lo afeen.

—Es una piedra que puede valorarse en cincuenta mil libras.

—Diablos, tiene un precio elevado.

—Sí, es elevado por su peso, pureza y por el perfecto tallado de la gema. No es fácil encontrar talladores que se atrevan con piedras de esa calidad y peso.

—Bien. Ahora, explíquenme qué sucede con esta peladilla. La verdad es que entendería mejor el caso si me dijeran que ha volado y mi misión era recuperarla.

—Por ese trabajo no íbamos a darle un cheque en blanco —gruñó Norton peyorativo.

Lord Wood se frotó las manos delgadas con cierto nerviosismo antes de pasar a exponer el problema que les mantenía allí reunidos.

—Esta piedra tan valiosa señor Kelly, no está catalogada. Ha aparecido de súbito, ignorándose su procedencia.

—¿He de entender que nadie la había visto antes?

—Correcto —asintió el americano.

El propietario de las minas Diamond Star agregó:

—Todas las gemas importantes, y ésta lo es, se hallan computadas en un cerebro electrónico que tiene rentado nuestro club. A través de las tarjetas perforadas conocemos las propiedades de la piedra investigada, su nombre, etcétera, añadiendo todos los dueños que ha tenido y cuánto se ha pagado por ella en cada transacción incluyendo herencias. Naturalmente, también sabemos quién es el último propietario.

—¿Y las piedras recién salidas de la mina para ser talladas?

—Todas son controladas rigurosamente —respondió lord Wood—. Existe un convenio entre los miembros del club con el cual nos protegemos. Todas las piedras son registradas en la computadora y luego puestas al mercado internacional. A partir de este momento, siempre se sigue la pista de la piedra.

—Perfecto. Llevan bien controlado el mundo de las gemas, en especial el del rey de las piedras preciosas, pero no comprendo por qué un brillante de gran tamaño y excelente calidad les preocupa tanto. Podría tratarse de una piedra desconocida por ustedes hasta ahora y que hubiera pasado de una herencia reservada. Es sabido que hay personas que en herencias vulgares, en medio de baratijas, han heredado piedras de gran valor y en cambio lo ignoran, dejando incluso que sus hijos jueguen con ellas.

—Sí, existe ese problema que en una piedra solitaria no sería grave, pero tenemos hasta sesenta y siete piedras de gran valor. La que tiene usted en las manos es la más valiosa —apuntó lord Wood— pero las demás también son caras y no hablemos de las pequeñas gemas que se habrán podido pasar, ya que el control en los brillantes pequeños es mínimo y tienen una salida muy grande.

—En otras palabras, que hay mía invasión en el mercado de brillantes extraños y no catalogados que es mucho peor que si hubieran aparecido gemas robadas. Esto último sería un notición, pero lo que está sucediendo es una latente amenaza para el precio de los brillantes, porque si corre la voz de que hay un exceso en el mercado, bajará el precio causando numerosísimas ruinas y el rey de las piedras cedería su puesto pese a su brillo y dureza.

El americano Norton había sido concreto al hablar, pero Jank V. Kelly, queriendo conocer el máximo de detalles sobre aquel caso que se presentaba como apasionante, agregó:

—Es sabido que desde el año cincuenta y nueve los norteamericanos, o sea, mis compatriotas, fabrican los diamantes en serie.

El armenio Piasecki se apresuró a argüir despreciativo:

—Sí, fabrican los diamantes artificialmente, pero son de mala calidad, utilizados para la industria, y los que pasan al mundo de las joyas son engarzados en anillos de prometaje baratos para parejas con pretensiones y pocos medios económicos.

—De acuerdo. Es aceptado que el diamante, luego tallado y convertido en brillante, puede ser artificial —asintió Norton.

—¿Están temiendo que alguien pueda sintetizar diamantes de la calidad de éste? —Y mostró la valiosa piedra.

—Es una de las posibilidades y eso sería una catástrofe para nosotros, puntualizó lord Wood ante el asentimiento de los demás tras los breves comentarios que se hicieron en forma de murmullo. Era evidente que aquellos hombres, los emperadores del mundo de las gemas, temblaban ante la posibilidad de que los grandes y valiosos brillantes pudieran ser sintetizados con facilidad, lo que rebajaría el precio en gran manera.

—Claro que también puede ser que alguien haya descubierto una mina de diamantes y no la haya registrado —añadió Kelly.

Wood asintió con la cabeza.

—Sí, es otra posibilidad y si el hallazgo es rico resulta muy perjudicial para nuestro club.

—Se me ocurre que también podría ser que alguien haya descubierto un tesoro. Quizá un antiguo pirata aficionado a los brillantes y que expoliaba a sus víctimas reuniera un bonito cofre. Lo enterró y alguien lo ha encontrado. Para no pagar al Gobierno del país en que ha sido hallado, lo mantiene en secreto y trata de pasar las piedras.

—Sí, hay muchas posibilidades, pero usted tiene que darnos la solución correcta y pronto. Si lo que se habla aquí trasciende al exterior, la Prensa amarilla se hará eco de la nota en forma sensacionalista e instantáneamente bajará la cotización de los brillantes. Ello puede provocarnos la ruina irreversible.

—Bien. El trabajo parece limpio aunque, como siempre, voy a tener que poner muchos trapos, digamos sucios, al descubierto.

—¿Quiere decir que acepta el trabajo? —preguntó Thelma Dee.

—Sí, y pondré el máximo interés en resolverlo.

—Si desea alguna cantidad por adelantado —se ofreció lord Wood.

—No es necesario, me fío de ustedes —sonrió cínicamente, sabiendo de antemano que cada uno de aquellos personajes era un águila en cuanto al dinero se refería—. No obstante, me agradecería que el talón en blanco lo firmara usted ahora mismo contra la caja del club.

Todas las miradas convergieron suspicaces sobre el investigador norteamericano. El nervioso armenio objetó:

—Aún no ha resuelto usted el caso, señor Kelly. Nosotros pagaremos cuando la labor haya sido excelente, no antes.

—Es cierto —corroboró lord Wood.

—No, si yo no les pido el dinero ahora, sólo que firmen el cheque y lo ingresen en el Banco a mi nombre. En un plazo de treinta días, acudiremos allí el presidente del Club Diamond, el tesorero y yo. Yo pondré la cantidad que juzgue conveniente y se me hará efectivo en aquel momento, pero el cheque ya deberá estar firmado.

—¿Es que no se fía de nosotros? —preguntó Norton.

—Yo no me fío de nadie, máxime cuando comienzo una investigación. Alguno de ustedes puede morir, pueden quedar

asuntos muy turbios al descubierto. No, no. Hay que extender el cheque en blanco ahora, luego podrían arrepentirse y pedirme que cesara en mi investigación por ser demasiado escandalosa.

—No continúe, Kelly. Creo que estamos de acuerdo en su pretensión, pero si no resuelve el caso, el cheque será retirado del Banco.

—Perfecto.

Asael Baehr preguntó:

—¿Y qué ocurrirá si, de todos modos, no le ratificamos el cheque cuando haya terminado el trabajo?

—Simplemente, que yo me convertiría en un bocón. Aparte de que podría bajar el mercado de brillantes, seguramente descubriré algunos trapos sucios y todo, el que sea propietario de los mismos tendrá mucho interés en que yo calle y abogará por la ratificación del cheque.

—No hablemos más, señor Kelly —cortó lord Wood— pero tenga en cuenta que si nos hace chantaje puede que reciba la gran corona de la que le he hablado con anterioridad.

—Me agrada la franqueza —aceptó Kelly—. Ahora, les devuelvo la peladilla.

Y lanzó al aire el brillante ante el susto y casi petrificación de los allí presentes al ver volar el valioso brillante.

Lord Wood lo cazó al vuelo y tragó saliva dificultosamente.

—Podía haber caído al suelo y romperse en pedazos, perdiendo así su valor —gruñó Norton.

—No cuando el suelo tiene una alfombra tan mullida como ésta.

Todos respiraron tranquilizados. El investigador les había dado una lección de observación a la par que les obsequiaba con un susto mayúsculo.

Ya más tranquilo, lord Wood dijo:

—Tendrá que comenzar a investigar por la propietaria de este brillante.

—Cuénteme la historia, por favor.

—Una mujer ha aparecido en una joyería cuyo propietario es de una honradez intachable. No ha ocurrido como otros, que han ido aceptando las extrañas gemas de manos oscuras.

—¿Y qué quería esa mujer?

—Vender la piedra.

—¿Y el joyero?

La pregunta de Kelly obtuvo pronta respuesta por parte del presidente del club.

—Le dijo que aguardara, que tendrían que estudiar a fondo el brillante debido a su tamaño y aparente pureza. Eso lleva días y la mujer, al parecer aceptó bien la posibilidad de venderla y dejó el brillante en manos del joyero no sin antes preguntar cuánto le darían más o menos si la piedra resultaba buena.

—¿Y le dijeron lo de las cincuenta mil libras?

—Sí.

—¿Qué respondió ella?

—El joyero ha dicho que primero se puso blanca como la cera y luego roja. Tartamudeando indicó que volvería al cabo de unos días. Eso es todo, y desde ahí debe partir su investigación.

—De acuerdo. El trabajo se hará a mi manera y si es necesario jugaré algo sucio.

Norton advirtió indiferente, tamborileando con sus dedos sobre la superficie de madera:

—Si le aprehende la policía, no queremos saber nada de usted y si se le ocurriera hablar demasiado, considérese cadáver.

—De acuerdo. —Kelly se puso en pie agregando—: Ahora, sólo falta la formalidad del cheque de mis honorarios.

—Falta otra cosa también, señor Kelly —advirtió lord Wood.

—¿Qué es ello?

—La señorita Dee.

Kelly desvió sus ojos hacia la hermosa rubia de cuerpo ondulado, lleno de vida, pero a la vez elegante y esbelto.

—¿Qué ocurre con ella? Es una preciosidad, no cabe duda, pero...

—Será su compañera de investigación, su colaboradora.

—¿Mi colaboradora? —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

A Thelma Dee no le agradó demasiado la cara que puso Jank V. Kelly. Esperaba otra reacción y así lo manifestó.

—¿Le molesta que trabaje con usted?

—Bueno, una preciosidad con tus atributos físicos no molesta nunca, siempre que sea para... —Carraspeó dubitativo y fue ella quien terminó la frase.

—Divertirse. ¿No es lo que quería decir?

Wood cortó:

—Terminen esa pequeña polémica, por favor. —Se encaró con Kelly y observó—: La señorita Thelma es una gran especialista en brillantes y le asesorará convenientemente.

—¿Sólo puede ayudarme en eso? —inquirió peyorativo.

—No, también tengo acceso a las computadoras rentadas por el Diamond Club —dijo Thelma molesta y con deseos de hacer sobresalir su valía profesional.

—Es cierto, la señorita Dee le proporcionará todos los datos que precise con respecto a las gemas que encuentre en su camino.

La puntualización de lord Wood tuvo la virtud de desfruncir el ceño del irónico investigador.

—Y de paso me vigila proporcionándoles datos a ustedes sobre cuanto yo vaya investigando.

Thelma apretó los labios y ocultó sus bien cuidadas uñas dentro de su menudo puño, conteniéndose cuando hubiera deseado propinar una sonora bofetada sobre el rostro orgulloso y engreído del varonil Jank V. Kelly.

—No sea tan suspicaz, Kelly. Ella le será de gran ayuda y será el enlace entre usted y nosotros.

—Si al señor Kelly le molesta mi presencia, pueden escoger a otra persona que ocupe mi puesto —ofreció Thelma con la diestra apoyada ligeramente en la cadera con aire de desafío.

—No me molesta tu presencia —concretó Kelly— sólo que me conozco. Será como trabajar fumando un grueso cigarro relleno de dinamita. En fin, será un reto para mí mismo.

Thelma Dee no modificó su gesto de desprecio y aire ofendido, pero en el fondo se dijo que para ella, aquella colaboración también sería un reto.

¿La decepcionaría Jank V. Kelly mostrándose como un enamorado o por el contrario resultaría un cínico de los que aprovechan todas las ocasiones que se le presentan, olvidándose luego de todo lo que no le conviniera e importándole sólo su propia integridad, su interés y egoísmo? El tiempo le daría cumplida respuesta.

CAPÍTULO II

Se llevó el cigarrillo a los labios ocultando siempre la punta del mismo para que su lumbre no pudiese verse desde el otro lado del cristal polarizado de la joyería Union London, ubicada a unas cincuenta yardas de Piccadilly Circus.

Desde su puesto de observación veía las vitrinas repletas de valiosas y selectas joyas colocadas tras el largo mostrador bajo el cual también se exhibían valiosas joyas, protegidas por un cristal tan grueso que ni un martillazo sería capaz de romperlo.

A Jank V. Kelly siempre le había parecido que las joyerías estaban vacías y que debían ganar poco dinero a no ser que subieran mucho el precio de las joyas en venta para hacer más rentable el negocio, pero se convenció de lo contrario. Era cierto que dentro de la Union London nunca había más de tres clientes, pero tampoco se quedaba vacía. Las joyas iban saliendo por la puerta grande, encerradas en estuches primorosos tras haber sido satisfecho su importe en caja.

Kelly seguía fumando. ¿Qué número tendría aquel cigarrillo en el tiempo que llevaba en su cuarto de observación, empleado muchas veces por el propietario y dependientes del establecimiento para vigilar en los momentos de mayor afluencia de público evitando así hábiles hurtos? Al no ver a nadie ante él, el cliente creíase en la impunidad cuando en realidad era observado atentamente desde el lugar que ahora ocupaba Kelly.

Se sonrió al ver vender varios anillos de compromiso a respetables calvos cuarentones con cara de chupatintas según su opinión. Tampoco faltaban jóvenes con aire de estudiantes y que demostraban mucha ilusión, pero que acababan llevándose las alianzas de menor precio.

El pitillo se consumió en la espera y como sus antecesores, fue a parar al suelo. Había tan poca luz en el cuarto de observación que a

Kelly le era imposible contar las colillas arrojadas. Iba a encender un nuevo cigarrillo, pero se contuvo.

En aquel instante se abría la puerta de la joyería para dar paso a una chica de no más de veinticinco años. Morena, pelo corto, podía decirse que era hermosa, aunque su vestido no debería haberle costado más de un par de libras en alguna rebaja de unos grandes almacenes del West End. Los zapatos negros estaban rozados y el bolso que apretaba su mano nerviosa se veía a todas luces que era de plástico.

La chica que acaparaba toda la atención de Jank V. Kelly y que poseía unos excelentes labios para ser besados, grandes y carnosos, debía trabajar de dependienta en una tienda modesta o estar empleada en algún puesto humilde.

Lo que no podía decirse a simple vista es que aquella muchacha llevara una vida equivocada, pues aunque humilde parecía decente.

Kelly, que controlaba todos sus movimientos, se percató de que no era la primera vez que la desconocida visitaba la tienda, ya que se dirigió rectamente al propietario de la misma que tras uno de los mostradores escrutaba una gargantilla de esmeraldas.

Apenas el joyero levantó la cabeza para observar a la chica que le interpellaba, quedó conectado el dictáfono que unía el mostrador con el cuarto de observación. Aquélla era la señal convenida y Kelly comenzó a escuchar cuanto se hablaba.

—Ah, es usted, señorita.

—Venía a por el asunto del brillante que le traje hace días.

—Sí, sí —asintió ambiguo el joyero ante el evidente nerviosismo de la mujer que se veía dentro de la joyería tan fuera de lugar como una gallina en una jaula de leones—. Aquí tengo su gema.

El hombre estiró de un cajón y extrajo una caja de simple cartón. Tras abrirlo, para demostrar que le entregaba la piedra, lo pasó a la muchacha.

Ella, que en ningún momento había dado su nombre, parpadeó asombrada.

—¿No van a comprármela?

—Lo lamento, señorita, pero la casa tiene por norma no adquirir gemas a particulares. Nos surtimos de los proveedores oficiales.

—Pero usted dijo que me la compraría si resultaba buena. ¿Acaso no lo es?

El joyero suspiró.

—Sí, es buena. Probablemente se la hubiera comprado de traerme usted el recibo de compra por su parte.

—¿Acaso insinúa que la he robado? —preguntó ofendida.

A Jank le pareció que la chica era sincera.

—No, no, yo no he dicho tal cosa. De ser así, habría dado parte inmediatamente a la policía, pero comprenda señorita que al no poseer usted un recibo de compra, yo no puedo justificarme ante la ley y podría tener líos con la justicia. La Union London jamás ha tenido problemas con Scotland Yard.

Los hombros de la joven descendieron en su horizontalidad y el mundo semejó derrumbarse sobre sus espaldas frágiles mientras observaba la gema que, encerrada en la cajita humilde como la fémina misma, se mantenía en su mano.

Jank la miró atentamente y el joyero lo hizo con disimulo. De pronto, la muchacha pareció reaccionar como si estuviera dispuesta a no salir de la joyería con las manos vacías.

—Si la joya es buena, ¿cuánto puede valer? Me refiero al mínimo.

—Verá, las piedras, cuando son de buena calidad, a veces tienen un precio de capricho. Valen lo que se pague por ellas.

—Pero ¿el mínimo por ésta?

—Unas dieciséis mil libras, puede que más.

—Le cedo el brillante por cuatro mil libras, pero ha de comprármelo ahora.

Por un instante, las pupilas del joyero fulguraron.

Cuatro mil libras por un brillante de ciento veinticinco quilates y de aquella pureza, con un tono ligeramente azulado, era realmente un negocio, pues podía venderlo luego por el cuádruple de su precio.

—Lo siento, señorita, nos es imposible comprarlo. Ya le he dicho que nos colocaríamos al margen de la ley al comprar un brillante de ignorada procedencia.

—Yo le extendería un recibo —se apresuró a objetar la chica.

—Es preciso que sepa de dónde lo recogió usted.

—Fue, fue una herencia... —dijo a sabiendas de que no iba a convencer al joyero.

—En ese caso, acuda a un notario y que le reglamente los

papeles de la herencia. Naturalmente, tendrá que pagar al estado un tanto por ciento del valor del brillante por el impuesto de fiscalización de herencias.

—Es que necesito con urgencia un poco de dinero. Se lo cedo por lo que quiera darme.

El joyero se dijo que jamás en su vida le habían propuesto un negocio tan redondo como aquél. Podía adquirir un brillante de gran valor a un precio irrisorio, pero recordó dos cosas: su honradez intachable a lo largo de su vida y la segunda, la presencia del investigador contratado por el Diamond Club que les estaba observando y escuchando también.

—No insista, señorita, por favor; no se lo vamos a comprar.

A la mujer le molestó la reiterada negativa del joyero. Cubriendo el brillante con la tapita de cartón, dijo despechada:

—Está bien, otro me lo comprará. No es usted el único joyero de Londres.

—Está usted en lo cierto, señorita. Que tenga mucha suerte.

El joyero demostró poseer una gran flema, no molestándose por las palabras femeninas al haber resistido a la tentación de hacer un negocio fácil y rápido.

La mujer abandonó el establecimiento con paso rápido, ondulando sus caderas bien redondeadas. Aquella chica podría dedicarse al mundo frívolo de los clubs de *streep-tease* con gran éxito, pero estaba visto que prefería ser pobre, pero decente. Sin embargo, aquel gran brillante en sus manos resultaba todo un interesante.

Sin cambiar palabra con el joyero, Kelly abandonó su puesto de observación. Prendió fuego al cigarrillo que se disponía a fumar cuando apareciera la joven y salió de la Union London.

La mujer anduvo sin temor a ser seguida en dirección a Piccadilly Circus. La calle estaba llena de gente y a Kelly le fue fácil pasar desapercibido.

La mujer se detuvo en la parada de un autobús y Kelly, tras comprar un periódico vespertino cuando las luces de *la* gran ciudad se encendían lentas, pero sistemáticamente, se colocó con aire despistado en la cola mientras leía los grandes titulares:

«Robo de la corona mundial del boxeo al púgil

español por un australiano. El causante de la bomba deportiva del año, un árbitro escocés. ¿Cuánto habrá cobrado por venderse?».

Kelly pensó que los titulares eran bastante fuertes en contra de aquel árbitro del boxeo, pero no siguió leyendo, pues por el rabillo del ojo vio un autobús rojo de dos pisos que se aproximaba con celeridad.

La chica hacía movimientos de acercamiento al bordillo de la acera.

La mujer subió al segundo piso del autobús y él prefirió quedarse abajo. Después de todo, podía controlarla perfectamente desde aquel lugar.

Kelly lamentó no haber podido seguir el autobús con su coche, pero no podía prever qué camino iba a tomar la joven.

El vehículo les condujo a South-Side. Al llegar a aquella zona de la populosa ciudad, el día había muerto y la noche era ya dueña de Londres. Hacía calor, acrecentado por una neblina molesta y pegajosa.

Jank V. Kelly, nacido en San Diego de California, se decía que nunca lograría acostumbrarse al clima de Londres. Era desagradable para él.

El ulular de la sirena de un barco se introdujo en su cerebro. Los muelles debían quedar cerca y la neblina hacía que la propagación del sonido fuera más penetrante.

La chica caminaba con paso rápido adentrándose por callejuelas húmedas y empedradas sin asfalto. Transitaba poca gente por aquella zona escasa de luces. El lugar donde se encontraba no era el Soho, pero quizá resultara más peligroso que el crapuloso barrio.

Mientras avanzaba procurando no ser visto, la sirena del barco se repitió dos veces. Parecía que el bronco sonido se metiera por las callejuelas como las aguas de un río desbordado invadiéndolo todo.

Kelly pensó que los que allí vivían deberían utilizar unos buenos tapones de caucho para dormir o demostraban tener unos oídos a pruebas de cañón, si es que conseguían conciliar el sueño sin taponarte las orejas.

La mujer penetró en un angosto portal, casi carente de luz, y desapareció en él.

Kelly aguardó pacientemente en la calle, observando todas las

ventanas sumidas en la oscuridad. Tuvo suerte, porque una de ellas se iluminó en el tercer piso.

—Ésa debe ser de ella.

Kelly sabía que en aquel sitio podía tropezarse con gente de la peor catadura. Incluso, la casa en la que había entrado la chica podía pertenecer a algún tipo de pocos escrúpulos. Sin embargo decidió que debía interrogarla; era su única pista.

«Antes de meterme en la boca del lobo debo asegurarme de si la chica está sola o en compañía. Por la ausencia de anillo parece soltera, pero eso no impide que tenga un amigo y viva con él».

Optó por utilizar el *fire-escape* y tuvo que sacar el máximo partido de su agilidad para que sus dedos se cerraran en la barra inferior de la escalerilla de incendios, distante del suelo unos nueve pies para evitar que los intrusos treparan por ella con excesiva facilidad.

Kelly subió por la escalerilla tratando de no llamar la atención de nadie. Pasó por delante de varias ventanas.

En la primera de ellas descubrió a una vieja con aspecto de bruja que comía algo que él no le hubiera dado ni a un perro.

En la segunda ventana, el cuadro resultó algo más subido de tono.

Un joven se dejaba besar por una vieja delgada que parecía muy ansiosa de ensortijar sus dedos en los cabellos del muchacho. Éste vestía caro y no tenía los dedos ensortijados en el pelo de ella, sino en buenos anillos de oro.

Aunque viviera allí, la vieja parecía tener dinero. Quizá era una exprostituta que ya no sabía qué hacer con lo ganado veinte o cuarenta años atrás, soportando a viejos y a tipos ansiosos de hacer una conquista por sí mismos.

La escalerilla daba a la cocina del apartamento al que había acudido la fémina.

No le fue difícil levantar el cristal de la ventana e introducirse en la pequeña cocina, no obstante muy ordenada y limpia.

Un frigorífico de reducidas dimensiones sugirió a Jank que debía cenar algo, pero antes tenía que ver a la chica.

Sin hacer ruido, abandonó la estancia entrando en lo que antiguamente fuera un típico comedor burgués, cuadrado y no muy grande, pero transformado ahora en una comfortable, ya que no

elegante, salita-comedor.

Jank observó a la mujer que, en el centro del *living*, permanecía de espaldas a él.

Vestida únicamente con una cómoda combinación de nylon rosado, estaba muy atractiva. Jank pensó que aquella chica, bien vestida, parecería otra muy distinta a la que se personara en la Union London.

De anatomía estaba perfecta, no le sobraba ni le faltaba un gramo de carne. Sus piernas eran largas, torneadas, y el resto de curvas de su cuerpo eran...

Jank V. Kelly cortó sus pensamientos. Debía trabajar con completa serenidad, olvidando que estaba delante de un semáforo que primero le pondría rojo y luego verde subido.

Se llevó un cigarrillo a los labios y raspó un fósforo con parsimonia.

Al oír el frote de la cerilla, la chica que creía estar sola, se giró con rapidez.

Al descubrir a un extraño tan cerca de ella, ahogó un grito de sorpresa y trató de cubrirse con las manos al tiempo que caminaba hacía atrás para apoderarse de una bata de nylon acolchado.

—¿Quién es usted, qué hace aquí? ¡Llamaré a la policía!

Jank se ratificó en la belleza de la fémina. Expulsó el humo del cigarrillo lentamente y preguntó con aire cínico:

—¿A la policía? Ah, sí, claro, claro... Allanamiento de morada, etc., etc.

—Sí, sí, eso, lo meterán en la cárcel —advirtió la fémina dirigiéndose al teléfono adosado a la pared.

—Antes de marcar el número, ¿no se le ha ocurrido pensar que yo puedo ser policía?

La mano femenina quedó quieta, como petrificada sobre el auricular aún no desahorquillado.

CAPÍTULO III

¿Usted, de la policía? ¿Y por qué, por qué —repitió dubitativa, temiendo que su situación se complicara cada vez más— por qué habría de venir a mi casa?

—Posesión ilegal de un brillante que puede valer un buen puñado de miles de libras esterlinas. ¿Le parece bien el cargo?

—¿El brillante? ¿Qué, qué le han dicho...?

Jank se felicitó porque ella no le hubiera requerido el carnet de policía del que, naturalmente, carecía, pues sólo era un investigador privado y en muchos países nada bien recibido.

Se dejó caer en el sofá de raída tapicería en cuadros escoceses y pasó directamente al tuteo, dominando por completo la situación.

—En la Union London están obligados a dar parte a la policía. Su propietario es un hombre intachable.

—Ya. He cometido un error al intentar venderlo.

A Jank se le antojó que la chica tenía poca parte en todo aquel negocio, ya que se sinceraba con mucha facilidad. Quizá ignoraba en el lío que se hallaba metida.

—Debiste buscar a un perito experto en joyas robadas para vendérselo.

La chica se apresuró a replicar, denegando con la cabeza al mismo tiempo:

—Yo no he robado el brillante:

Jack la miró directamente a los ojos.

La joven no parecía mentir y tenía unos ojos que, vistos de cerca, resultaban impresionantes. Grandes, de esclera blanco-azulada e iris verde claro.

—Primero dime cómo te llamas y no me mientas. Es inútil querer ocultar la identidad.

—¿Va a detenerme? —preguntó ingenuamente.

—De eso ya hablaremos más tarde. Ahora, dime tu nombre —

exigió muy puesto en su papel, diciéndose a sí mismo que estaba cometiendo una pequeña canallada con la muchacha. Pero, era el mejor modo de hacerla hablar y de este modo se ahorra tener que presionarla.

—Me llamo Mara Bannard.

—Seguro que no eres de Londres.

—¿Cómo lo ha adivinado? —inquirió sorprendida.

El carraspeó.

—Una chica de tu hermosura, en Londres habría aprovechado mejor su belleza y viviría en un lugar más elegante que éste.

—Yo no soy una cualquiera —espetó ella ofendida alzando el delicado mentón.

—Hay que ser ladrones, pero honrados, ¿no? —siseó mordaz.

—No soy ninguna ladrona —insistió ella.

—Ya me lo has dicho, preciosa, pero aún no me has explicado de dónde eres.

—Nací en Calcuta.

—¿Hindú?

—No, británica, hija de un profesor de magisterio sin demasiadas pretensiones y con muy mal sueldo. Mis padres murieron y decidí venir a Londres.

—¿Por tu cuenta y riesgo?

—Vine acompañada. Bueno, ¿eso qué importa?

Kelly, intuyendo que la chica trataba de esconder algo, insistió:

—¿Acompañada por quién?

—Eso no importa.

—Sí importa. A lo peor es quien te ha dado el brillante. ¿Lo trajiste de la India contigo?

Ella se sintió agotada. No era una profesional del hampa y se dejó caer al otro extremo del diván en el que se sentaba Kelly. Éste pensó que el sofá había resultado sorprendentemente largo; la chica no estaba demasiado cerca de él.

—Está visto que tendré que confesar la verdad.

—Será lo mejor. Iremos directamente al grano y no perderemos tiempo.

—Pero le juro que soy inocente. ¿Me promete no llevarme a la comisaría? Me da mucho miedo que me fichen, no podría encontrar el empleo que estoy tratando de obtener.

—¿Qué clase de empleo?

—Azafata aérea.

—Magnífico, me agradan las chicas que piensan en el porvenir, en especial en un empleo digno y no el fácil *streep-tease*, etc., etc.

Ella se acercó a Kelly acortando la distancia del sofá. Hasta llegó a cogerle por el brazo ingenuamente.

—¿De veras que no me llevará a la comisaría?

Jank se dijo que la bofetada que recibiría cuando la chica se enterara de que no era policía, iba a ser sonada. Algunos londinenses quizá la confundieran con el toque de la una en el Big-Ben.

Lo malo es si la confundían con las doce, y lo cierto es que se merecía la docena de tortazos.

—De acuerdo, no te llevaré, pero di la verdad, porque si mientes te advierto que en la comisaría tenemos unas mazmorras con aparatitos electrónicos de esos que salen en los telefilmes donde las chicas hermosas como tú cantan de plano aunque luego queden un poco tocadas de la sesera. Ya se sabe, a veces uno se descuida un poco al poner la palanca de los voltios. En fin, es mejor hablar por propia voluntad, te lo dice quien lo sabe bien.

Mara Bannard sufrió un ligero estremecimiento. ¿Serían ciertas todas las atrocidades electrónicas que aparecían en los telefilmes policíacos?

—No he robado el brillante a nadie, simplemente lo he encontrado dentro de un bombón de chocolate.

Jank la miró. No sabía si reír o echarse a llorar. Luego, reaccionando, preguntó:

—¿Tienes televisión?

—Sí, claro. Hoy en día la tienen todas las casas, aunque sea portátil.

—Pues anda, ponía en marcha.

—¿Ahora, para qué?

—Para ver si hacen una de indios. Resultará más divertida que el cuento de encontrar un brillante de cincuenta mil libras dentro de un bombón de chocolate.

—Se lo juro, es verdad.

—Si insistes, te creeré, pero no olvides que hay muchos medios para hacerte hablar.

A Jank empezó a molestarle hacerse pasar por una especie de «coco» con aquella chica inocente que por lo visto había pasado y estaba pasando muchas tribulaciones económicas, pero, tenía que seguir adelante. De todos modos no le hacía daño y quizá estaba apartándola a tiempo de peligros mayores.

—Está bien, voy a creerte. Cuenta lo del bombón, pero procura que no salga la Caperucita Roja porque entonces yo me convierto en el lobo y, todo hay que decirlo, tú estás muy apetecible.

Al oír estas palabras, Mara, instintivamente, cerró un poco más el escote de la bata.

—Fue Micke.

—¿Micke? ¿Quién es Micke?

—Mi hermano.

—¿Es el mismo que te acompañó a Londres?

—Sí.

—¿Mayor que tú?

—Sí, diez años.

—¿Y qué hace tu hermano?

—Bueno, él ha sido siempre un poco torpe para el estudio. Mi padre, empeñado en los métodos tradicionales de la enseñanza, no consiguió gran cosa de él. Además, resulta algo independiente y un poco...

—¿Rebelde?

—No. Con perdón porque es mi hermano, algo bruto.

—Ya —asintió Jank mirando alrededor disimuladamente por si acaso estaba cerca el hermanito de marras, que había sido retratado como una especie de gorila.

—Sí él te trajo los bombones, siendo un poco bruto como tú dices que es, no voy a creer que trabaje en una bombonería.

Mara se echó a reír.

—¡Oh, no, claro que no! Es difícil imaginarse a Micke en una bombonería. Mide dos metros y pesa más de cien kilos. El nunca me dice su peso exacto porque le da vergüenza.

Jank comenzó a comprender por qué la chica no había sido molestada y conservara su candor pese al lugar en que vivía, aunque el apartamento resultaba mucho mejor por dentro pese a sus muebles viejos que visto fuera.

—¿Y qué hace tu hermanito?

—Es estibador del muelle, eventual. El mismo no quiere trabajo fijo pero me cuenta que siempre que aparece por el muelle lo contratan. Dice que ha hecho buenos amigos.

—No me extraña que lo contraten. Deben pagarle el sueldo de uno y debe cargar por dos.

—Micke es bueno, pero a veces resulta algo brusco, Ya lo llevaron una vez a la comisaría por una pelea, por eso no me agradaría que lo metieran de nuevo en líos.

—De acuerdo, no será reincidente, pero quiero saber cómo fue todo. ¿De dónde sacó Micke el carísimo bombón?

—De un barco, es decir, de un cargamento. Por lo visto dicho cargamento llevaba cajas de bombones. No Vaya a creer que son esas cajas pequeñas que venden en las bombonerías, no. Son cajas grandes. Mi hermano levantó una de las maderas, sacó un puñado de bombones y me los trajo. Uno de ellos resultó tener dentro el brillante.

—¿De modo que hurtó los bombones?

—Pues sí, pero dicen que tales hurtos son normales, que no tienen importancia. Todos lo hacen. Un día son bombones, otros zapatos o café, en fin, tonterías de escaso valor. Es como si tomaran una muestra de cada cargamento que depositan en los muelles.

—Pues la muestra de esta vez resultó un poco cara, ¿no crees?

—Sí, pero él no esperaba encontrar un brillante dentro del bombón. En principio creíamos que era un simple cristal tallado. Luego se me ocurrió que podía ser bueno y Micke se rió, pero quiso comprobarlo y fue a un joyero de poca cuenta. El dijo que era bueno, pero añadió que no tenía suficiente dinero para comprarlo.

—Fue honrado —sentenció Kelly.

—Luego me dirigí a la Union London y ahí terminó todo, ya que al final la policía se ha enterado, pero yo no quise robar y mi hermano tampoco.

—¿No se os ha ocurrido pensar que puede tratarse de un tráfico ilegal de brillantes?

—Sí, eso es lo que temimos, por ello queríamos vender el brillante pronto y desaparecer de este barrio al suponer que se trataba de tráfico ilegal de brillantes.

—Era de temer que los traficantes buscarían ansiosamente la valiosa gema y en la búsqueda podían acabar con vosotros.

—Sí, eso es lo que tememos, es decir, yo más que Micke. El dice que no hay ningún miedo, que nadie sabe que él tomó los bombones.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que en la caja de los bombones pueden haber más piedras preciosas?

—Sí, eso es lo que me temo. Hace días que Micke no cesa de hablar de lo mismo.

—¿Temes que venga con una nueva y abundante provisión de bombones en busca de brillantes como si fueran ostras y buscara perlas?

—Sí.

—¿Dónde está Micke ahora?

—En el muelle, seguramente. Hace un horario de trabajo muy largo para ganar más dinero. Suele estar en una taberna del muelle llamada Ice North. Si arriba algún barco por la noche y quiere descargar con rapidez, los capataces saben dónde encontrar a los estibadores que necesitan.

—Será cuestión de ir a verle. Es agradable la compañía, pero la investigación es la investigación.

—¿Va a buscar a Micke?

—Sí.

—¿Para detenerle?

—Me interesan más los traficantes en brillantes, pero tu hermano puede darme detalles. Quizá al final sea felicitado por descubrir una organización de traficantes.

Al ver que se alejaba, a Mara se le ocurrió preguntar:

—¿Y el brillante, puedo quedármelo?

Jank Kelly quedó un tanto perplejo. No había pensado en el brillante. Sabía muy bien lo que un policía real habría hecho en su puesto, pero él no era policía.

—Guárdalo de momento. No hemos hallado al verdadero propietario y es muy raro que pase escondido dentro de un bombón.

Se dejó acompañar hasta la puerta y comprobó que ésta estaba cerrada por dentro. La chica se apresuró a aclarar:

—Cierro siempre por dentro cuando no está Micke en casa, Me da miedo estar sola. Por cierto, ¿la policía entra siempre por la ventana?

Kelly carraspeó.

—La verdad es que sospechaba de ti y temía que tuvieras compañeros. Para sorprenderlos he preferido subir por la escalerilla de incendios y luego entrar por la ventana.

—Si ocurre algo, ¿puedo llamarle a usted con confianza?

—¿De veras te inspiro confianza? —inquirió casi con sarcasmo.

—Pues sí, Después de lo ocurrido, no se me lleva a la comisaría. Siempre he oído hablar bastante mal de la policía.

—Y yo también preciosa, y yo también.

Sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta en la que tan sólo rezaba su nombre y un número de teléfono y la tendió a la muchacha.

—Jank V. Kelly —leyó ésta—. ¿Qué grado tiene en Scotland Yard?

Jank carraspeó de nuevo. Luego bajó la voz con aire de complicidad.

—No digas nada, es asunto secreto. Cuando me llames pregunta sólo por Jank y di: «Jank, cariño, ¿estás ahí?».

—¿Es la contraseña?

—Sí, y a mí me agrada bastante.

Mara Bannard, sorprendida, no pudo esquivar el beso fugaz que recibió en los labios.

Cuando quiso reaccionar, Jank V. Kelly se deslizaba escaleras abajo silbando quedamente un «*blues*» del Black Side de Nueva Orleáns.

CAPÍTULO IV

—¡Percy, mi *whisky*!

El vozarrón de Micke Bannard se dejó oír dentro de la taberna portuaria en la que había mucha clientela, entre ella un porcentaje elevado de estibadores que aguardaban la llegada de algún barco.

Los que allí se reunían preferían perder horas de sueño y ganar más dinero, ya que podían cobrar como horas extras e incluso a prima, que era lo que más les interesaba.

—Aguarda un momento, Micke, ahora te sirvo.

Micke, casi un gigante en altura y peso, descargó su puño en forma apremiante sobre el mostrador de madera. Los vasos y tazas que había a todo lo largo del mismo saltaron a efectos de la vibración de la madera.

—¡Tengo prisa, Percy, sírreme ahora!

—Pero, si no ha llegado aún el barco que estáis esperando —masculló el barman ante las exigencias del brusco Micke.

—Yo tengo que hacer antes.

—Está bien, ahora voy —refunfuñó el rechoncho Percy.

De no ser por la tarima que había tras el mostrador, con su cabeza tan exenta de cabello como un balón de *rugby*, habría llegado apenas a la boca del estómago de Micke.

El estibador aguardó impaciente a que le llenaran el vaso de *whisky* mientras inclinaba su cabeza cargada de cabellos cobrizos cortados al cepillo, dándole de esta forma más sensación de fuerza.

Su frente era estrecha y sus ojos pequeños, casi inexistentes, en proporción al resto de su abultado cuerpo. Micke era la antítesis de su hermana en todos los aspectos, dejando aparte la natural distancia de sexo.

—Ya estás servido —masculló Percy.

La mano grande aunque de dedos cortos de Micke atenazó la botella impidiendo que el tabernero se la llevara.

—Déjala aquí.

—Si la quieres, te va a costar una guinea —advirtió Percy mirando de reojo al brusco gigantón.

—Toma tu guinea y deja la botella.

Tras abandonar su dinero en la mesa, Micke Bannard bebió el contenido del vaso de un solo trago. Luego, volvió a llenarlo tornando a verterlo en su garganta para que se deslizara hacia el interior del estómago proporcionándole una ficticia sensación de bienestar.

Tapó después la botella y la introdujo en el bolsillo de su cazadora. Dando media vuelta, se dirigió a la puerta de salida.

—¡Eh, Mickel!, ¿te marchas?

El gigantón se detuvo y, sorprendido, él mismo se percató de que estaba nervioso.

El que le había interpelado era Slim, el capataz que llevaba su cuadrilla y que se encargaba de contratar a los eventuales para trabajos especiales o de prima.

—Sí, pero vuelvo enseguida. Sólo se trata de ir a ver a un amigo, es cosa de media hora —replicó nervioso y con las mejillas un tanto enrojecidas por el alcohol, pues aquéllas no eran las dos únicas copas que había tomado.

—Pues ten cuidado, no vayas a aplastarla con tu peso —le replicó Slim.

Todos rieron las intencionadas palabras del capataz y el propio Micke acabó soltando una carcajada. Pensó que no era mala excusa una rápida cita de amor, nada extraña entre aquellos trabajadores portuarios aunque luego, a la hora del trabajo, no se toleraban las flaquezas.

—Tendré cuidado, hasta luego.

Dejó atrás la taberna y comenzó a caminar con paso lento que fue adelantando paulatinamente en dirección a los almacenes que tan bien conocía.

La noche resultaba neblinosa y a Micke le agradó tal circunstancia.

No quería confesárselo, pero sentía miedo pese a confiar en su fuerza, en sus puños poderosos y demoledores.

Sorteó él puesto de policía portuaria, deseoso de no toparse con la ronda que celaba los grandes almacenes.

Se detuvo al fin ante la puerta de la nave que buscaba. El portalón de madera era muy grande, permitiendo el paso de un ferrocarril, ya que las vías férreas penetraban en el mismísimo almacén para cargar cuando no lo hacían los pesados camiones de cuatro ejes, verdaderos monstruos de la carretera.

La gran puerta, reforzada con traviesas y grandes clavos de hierro, tenía una pequeña portezuela anexa que se utilizaba para la entrada de personas cuando no se cargaba.

El tosco Micke, que al crecer debió ser la gran decepción del profesor de magisterio que fue su padre, observó el reloj.

«Tengo media hora de tiempo antes de que pase la ronda por aquí», se dijo.

La portezuela tenía cerradura, pero Micke sabía que estaba estropeada como la mayor parte de las que había en los almacenes portuarios. Los estibadores tenían poca paciencia con las puertas.

Había un candado grande y reluciente que se cambiaba cada semana para no dar tiempo a que se hicieran llaves que pudieran franquearlos con excesiva facilidad, pues si bien los hurtos eran pequeños, resultaban demasiado constantes.

De pronto, percibió un ruido que le hizo contener el aliento.

Se pegó contra el portal, amparándose en su oscuridad, ya que la bombilla que colgaba sobre él se hallaba fundida.

Instintivamente, rozó el gancho que le servía para la carga y que ahora llevaba trabado en su cintura. Cuántos vivían en el ambiente portuario sabían bien que aquel gancho de acero, de afilada punta y gran resistencia, era una eficaz herramienta, pero también un arma de defensa muy eficaz, en caso de pelea.

Pronto pudo ver la causa de su temor. Una gran rata corrió hacia el pétreo borde del muelle, desapareciendo tras él en dirección a las quietas y oscuras aguas.

Micke suspiró.

Extrajo la botella de su bolsillo y bebió un largo trago. Asíó con sus manazas el candado y comenzó a retorcerlo empleando para ella toda su fuerza.

El candado resistió durante dos minutos. Luego, saltó. Micke, por la vía rápida de la brutalidad, se había salido con la suya una vez más.

El interior de la gran nave hubiera quedado completamente a

oscuras de no ser por las altas y grandes cristaleras por las que se filtraba la luz lunar y, en algunos tramos, la de las altas farolas del muelle.

Micke caminó con rapidez. El sabía muy bien donde se hallaban las cajas de bombones y azúcares arribados de Venezuela, bombones con mucho contenido de azúcar, escaso de cacao y esencias algo baratas. En suma, bombones de regular calidad, pero de gran salida dentro de la economía media de Inglaterra.

Al fin, encontró lo que buscaba. Internándose entre dos moles de bultos se encaró con la gran caja de madera que ya había abierto con anterioridad levantando una de las tablas y cortando el embalaje interior de hojalata que preservaba a los bombones de la humedad, conservándolos durante mucho tiempo en buenas condiciones.

—Llegaste tarde, Micke. Los bombones que tú buscas ya no están —siseó a su espalda una voz desconocida, cuando ya tenía la mano dentro de la caja tratando de sacar un puñado de bombones.

Cuando Micke se giró, vio tres rostros que le observaban atentamente mientras sonreían con cinismo.

Aquellos rostros no pertenecían a camaradas suyos del puerto. No, eran tres hampones a los que debían ir muy bien los negocios a juzgar por las ropas que vestían.

Uno de ellos, el que parecía mayor y a su vez más elegante, al tiempo que los otros dos desenfundaban sus navajas automáticas dijo:

—Has metido demasiado las narices en esto, Micke. Si sólo te hubieras comido los bombones, quizá no te pasaría nada ahora.

—Ignoro de qué me hablan —masculló Micke.

—Creo que sí lo sabes —le respondió el jefe con sarcasmo—. Nos has molestado demasiado.

—¡No sé de qué me hablan! ¡Fuera de aquí o...!

—¿O qué, Micke? ¡Llamarás a la policía! —inquirió cínicamente el hampón mientras sus dos secuaces, más jóvenes y flacos, con ojeras de vida insana, reían por lo bajo.

—Creo que ustedes no trabajan en el muelle. Yo sí.

—Sí, pero tú estabas robando, aunque, sólo ibas a robar bombones, Micke. Nosotros ya nos hemos llevado todo lo que tú estabas buscando, claro que nos falta una pieza y muy importante,

la más cara del alijo.

—¡Váyanse, no sé nada de nada!

—Una lástima, porque así vas a morir.

Los ojos del gigante fueron de uno a otro, nerviosamente, calculando sus posibilidades de salir vivo de allí. Se dijo que eran muy pocas, quizá ninguna.

—Si me matan no tendrán la última piedra que buscan —advirtió Micke.

—Vaya, parece que ya has soltado la lengua —rió el jefe del terceto.

—Si buscan el brillante, yo también quiero parte en el asunto.

—Demasiado tarde, Micke, demasiado tarde. No nos gusta compartir el trabajo ni los beneficios. Ya somos demasiados en este negocio.

—Pues no tendrán el brillante que les falta.

—No seas estúpido, Micke. Sabemos que la piedra la tiene tu hermana. Esta tarde se la han devuelto en la Union London.

—Entonces, ¿a qué han venido?

—A liquidarte, simplemente —dijo como si invitara a cigarrillos al bueno de Micke, cuya ambición le había perdido.

Micke quiso replicar con un estentóreo grito de su vozarrón, pero uno de los afilados estiletes se hundió en su costado con inverosímil rapidez.

Aquellos sujetos, para casos como aquél, dejaban a un lado las pistolas y empleaban armas mucho más silenciosas.

Aquellos tipos calcularon mal la energía del gigante que se enfrentó como un búfalo herido a su cazador.

El gancho de acero salió de su cintura y empuñado por la poderosa diestra cruzó el aire al tiempo que recibía una nueva cuchillada.

Uno de los hampones profirió un alarido desgarrador al clavarse el gancho en su pecho, sobre el corazón.

—¡Mátalo, mátalo, acaba con él, rápido! —chilló el jefe ahora asustado ante el gigante que, aún herido, resultaba mortífero, brutal, casi un monstruo mitológico, que sacudió su diestra lanzando el cadáver de su atacante unas cuantas yardas más lejos.

Mientras, el otro hampón consiguió hundir un par de veces más su largo cuchillo en distintos lugares del cuerpo de Micke Bannard.

Micke vaciló. La sangre teñía ya su ropa por las múltiples heridas que le habían sido inferidas.

El terrible gancho de acero rasgó el aire de nuevo y ensartó el cuello de su enemigo. Éste no pudo gritar. Su boca se llenó de sangre y apenas se mantuvo en pie un par de segundos. Luego, cayó al suelo y tras dar vueltas de un lado a otro quedó quieto.

El jefe del terceto había retrocedido aterrado ante el gigante de rostro enfurecido y que mantenía el gancho en alto.

Sacó su pistola dispuesto a vaciarle el cargador entero aunque aquello llamara la atención de la policía. No caería como sus dos secuaces.

—¡Quieto o te lleno de plomo!

Dando traspiés, Micke avanzó hacia el armado hampón.

—¡Mátame, mátame, pero tú también vendrás al infierno conmigo! —jadeó escupiendo sangre. Sólo un cuerpo de sus dimensiones podía resistir tanto.

La pistola tembló entre las manos del «gángster» que, acorralado en medio de cajas, vio avanzar a aquel ser casi mítico que se le echaba encima para ensartarlo en un gancho de acero como si se tratara de un ave doméstica ya yugulada y preparada para la venta.

El índice iba a tirar del gatillo de la «Browning», cuando Micke se derrumbó sin haber hundido el gancho sobre el cráneo de su adversario.

El *gángster* respiró profundamente al verlo derrumbarse, pero su alegría se esfumó pronto.

—¡Quieto ahí! —ordenó una voz.

El asesino volvió su pistola hacia el inesperado individuo que se le venía encima.

Jank V. Kelly había aprendido lucha de karate en Corea y podía jactarse de haber tenido los mejores maestros.

La «Browning», por décimas de segundo, no llegó a ser disparada y el asesino profirió un rugido al sentir el dolor de su brazo retorcido.

Instintivamente, para evitar que le rompieran los huesos, voló por el aire de un modo que jamás hubiera podido imaginar.

El *gángster* rodó por el suelo cayendo junto al cadáver de uno de sus jóvenes secuaces. De éste tomó la navaja ya manchada en sangre.

—No te servirá de nada.

—Váyase al diablo. Si me deja escapar no le pasará nada, pero si me cierra el paso, acabará como ellos.

—Y tú en la horca, amigo, porque no vas a salir de aquí.

Kelly sonrió y anduvo hacia atrás tratando de recoger la pistola caída que antes empuñara el *gángster*.

—No la cogerás —gruñó.

La navaja pasó con fuerza por encima de la espalda de Kelly, quien, de no arrojarla a tiempo contra el suelo, había quedado acuchillado como Micke.

Sus pies actuaron con rapidez y el hampón salió despedido por el aire rodando cinco yardas más lejos y propinándose una fuerte costalada.

Kelly consiguió empuñar la «Browning». Encañonó al *gángster* y dijo incorporándose:

—Vamos, tira la navaja al suelo.

El hampón obedeció.

—¿Qué va a hacer conmigo? ¿No es de la bofia?

—Vamos amigo, cara a las cajas y las manos en alto. Hay que hacerte un breve cacheo. Después de ver tanta sangre me resultas algo peligroso.

El *gángster* obedeció y Jank, acercándosele por la espalda, no lo cacheó, pero sí lo envió al mundo de los sueños con un nada suave culatazo.

CAPÍTULO V

Thelma Dee salió de la bañera y envolvió con la toalla su joven y bien cuidado cuerpo, capaz de perturbar las transacciones de bolsa en Wall Street de haberse exhibido ante los financieros llevando por todo atavío un tejido llamado epidermis.

Enjugó su piel y se despojó del gorro de plástico que había protegido su cabello. Éste se desbordó sobre su espalda reflejando las múltiples luces que había en el lujoso cuarto de baño que poseía en su apartamento.

El espejo le devolvió una imagen que la dejó satisfecha y se sonrió a sí misma.

Cambió la toalla albornoz por una elegante bata y mientras se cepillaba el cabello escuchó el timbre de la puerta.

—¿Quién será el inoportuno?

Abandonó el baño pasando a la moderna y lujosa alcoba y de ésta fue al *living*. Instantes después, aplicaba su ojo derecho a la mirilla de la puerta.

A través del cristal descubrió un rostro conocido cuando la diestra de su visitante se apoyaba de nuevo sobre el timbre.

Thelma se apresuró a franquear la entrada.

Jank V. Kelly estaba en pie frente a ella. Con su habitual jovialidad saludó:

—Hola, preciosa, te ves muy guapa con esa bata, pero supongo que sin ella aún te verás mejor.

Ella parpadeó. El hombre ignoraba que debajo de la bata sólo llevaba la piel.

—¿Qué ocurre, necesitas mi colaboración?

La pregunta de la mujer había sido formulada desde el interior del apartamento, sin salir afuera, ya que el hombre había quedado encuadrado en el umbral.

—Pues, sí, necesito tu colaboración. Aquí traigo algo para

cotejar.

Jank desapareció brevemente hacia un lado de la jamba. Cuando volvió a aparecer, Telma no tuvo más remedio que parpadear de nuevo.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó molesta al ver invadida su casa.

Jank se había cargado a la espalda al sujeto que traía inconsciente y penetró en el apartamento. Al mirar alrededor, silbó en forma admirativa.

—No vives mal, cariño. Esto es una maravilla.

—Aún no has respondido quién es ese hombre.

—¿Tienes algún lugar libre donde meterlo, me refiero a algo que pueda hacer las veces de jaula?

—Hay una pequeña habitación vacía. Me dijeron que era para la doncella, pero soy muy moderna y no me gusta tener a nadie en casa. Sólo vienen a limpiarme el apartamento unas horas al día.

—Ya, pequeña habitación con ventana insana y derecho a *water-closet* y plato de ducha.

—Pareces un anuncio por palabras.

Jank V. Kelly dio una vuelta a derecha e izquierda. Sin descargar al hombre que cruzaba sobre su espalda, preguntó:

—Bien, ¿dónde está el cuarto de la doncella?

—¿Pretendes encerrar a este sujeto en él?

—Ésa es mi intención. Luego lo interrogaré.

—Si ese hombre quiere escapar, la puerta de la habitación no va a resistir —objetó Thelma.

—Por eso no hay cuidado. Tendrás algún pedazo de cuerda de nylon, ¿verdad?

—Sí, eso sí lo tengo.

—Pues lo sujetaremos. Ahora, dime por dónde voy.

—Está junto a la cocina, es esa puerta de ahí. —Tras señalarle la puerta, Thelma fue en busca de la cuerda de nylon.

Cuando entró en la habitación destinada al improvisado huésped, Thelma vio que el sujeto, que seguía con la cabeza ladeada, estaba en pantalón y camiseta.

—¿Qué estás haciendo?

—No quiero que coja una pulmonía.

La respuesta del investigador se le antojó a Thelma un sarcasmo.

—Pues si continuas quitándole ropa sí va a pillar una pulmonía, a menos que esté muerto ya. Parece que no respira.

—No te preocupes, está vivo, sólo que le hace falta una ducha de agua fría, por eso le quito la ropa. Ahora, dame la cuerda de nylon.

Sujetó las manos de aquel tipo a la espalda de modo concienzudo y lo dejó sentado en el suelo.

—Todavía no me has dicho quién es —dijo Thelma con los brazos cruzados y actitud intrigada.

—La verdad es que yo tampoco lo sé.

—Pero, has sido tú quien lo ha puesto en este estado ¿no?

—Sí. Ese tipo es un asesino.

—¿A quién ha matado?

—Bueno, no consiguió su propósito. Han tratado de liquidar al hermano de la chica que llevó el brillante a la joyería intentando venderlo.

—No entiendo nada —aseguró Thelma.

—Me lo figuro. Tú eres la experta en brillantes y yo en tipos sucios como éste. —Le explicó lo ocurrido en los muelles y terminó diciendo—: Yo mismo he avisado a la policía para que acudiera inmediatamente con el fin de ayudar al desgraciado Micke.

—¿No me has dicho que tiene varias heridas de gravedad?

—Sí, pero es resistente como un Sansón, un tipo muy duro. Otro ya habría muerto, aunque lo cierto es que todavía no es seguro que sobreviva al ataque de esos miserables, claro que dos de ellos lo han pagado caro terminando tendidos en el suelo para siempre.

—¿Y por qué no has entregado a este asesino a la policía?

Jank sonrió mientras sacaba cuánto había en los bolsillos de la chaqueta del hampón que seguía en el suelo inconsciente.

—Si lo caza la policía, lo someten enseguida a un concienzudo interrogatorio y le hacen desembuchar todo lo que sabe y más, y recuerda que según lord Wood me juego el pellejo si el asunto de los brillantes trasciende a la Prensa sensacionalista.

—Pero ¿cómo quedará ahora el caso? Ese Micke puede hablar en el hospital... Si está vivo todavía, claro.

—Sí, puede hablar y dirá que lo han acuchillado por un brillante de considerable valor. Luego, la policía analizará los dos cadáveres y los identificará como hampones comunes, sin ningún relieve.

—¿Y cuál será el dictamen final? Dímelo tú, que pareces saberlo

todo.

—Se abrirá un expediente que, naturalmente, no será cerrado. Scotland Yard es pacienzudo, metódico, para ellos será un caso simple de tráfico ilegal de piedras preciosas. Investigando más, seguramente tratarán de encontrar al hombre que les ha llamado por teléfono.

—Ese hombre eres tú.

—Naturalmente, y tratarán de localizarme. Por eso no he llevado a este pájaro a mi apartamento. No quiero complicaciones con la policía.

—Pero la chica que fue a la joyería puede hablar, ¿no?

—Sí, claro. Probablemente la interrogarán y ella acabará confesando que su hermano le trajo un brillante, pero ella tampoco sabe nada más. Por cierto, que me parece una chica excelente.

—¿Te has enamorado de ella? —preguntó algo despreciativa.

—¿Te molestaría?

Thelma alzó levemente su barbilla orgullosa y con un mohín de desdén replicó:

—¿Por qué habría de molestarme?

—No sé, quizá te estés enamorando de mí. Es un caso frecuente entre las mujeres que se topan conmigo.

—Me estás resultando más engreído de lo que pensé.

—No te preocupes, no es mi intención enamorarte. Tú solo eres mi colaboradora especialista en brillantes. Por cierto ¿te he dicho que estás muy bien? —inquirió al ver que el escote de la bata se abría por estar flojo el lazo que la anudaba a la cintura.

—Sí, ya me lo has dicho al entrar, pero es más importante que me aclares qué vas a hacer con ese sujeto.

—¿Después de sacarle todo lo que pueda?

—Sí.

—Te lo dejaré aquí por un tiempo. Luego ya pensaremos algo.

—No pretenderás que esta habitación se convierta en un calabozo permanente para este homicida con cara de *gángster*, ¿verdad?

—No, sólo será por breve tiempo. Al final, lo entregaremos a la justicia.

—Yo tengo miedo, no me fío de él. Puede atacarme.

—Descuida, te lo dejo sólidamente atado.

—Si me ataca, tú serás el responsable.

—Creo que si yo me quedara a solas contigo, también te atacaría.

—¿Volvemos a las andadas, Casanova? —inquirió ella cruzándose de brazos mientras Jank, arrodillado casi junto a sus pies enfundados en emplumadas zapatillas, iba depositando en el suelo cuánto pertenecía a aquel sujeto que seguía durmiendo como un tierno bebé aunque un bebé capaz de hacer desconfiar al mismísimo Satanás.

Todo lo que había acumulado en el suelo se reducía a un estilete, unas llaves, tabaco, un mechero, algunas monedas y la cartera con su documentación y en ella, nada comprometedora.

—Se llama Dennis Bracket, pero vete a saber con qué apodoconocen a este sujeto.

—¿Será suficiente para lo que necesitas?

—Por supuesto que no. El nombre de Dennis Bracket quizá les diga mucho a la policía por estar buscando ya por otros delitos, pero parece precavido. No lleva nada encima que lo pueda delatar. Quizá esté acostumbrado a pasar por comisaría de policía y sabe perfectamente lo que no hay que llevar encima cuando los «polis» le colocan las muñecas juntas con un par de esposas del mejor acero.

—¿Lo vas a duchar ahora?

—Sí, enseguida. Si no termino pronto con él, la noche va a hacerse interminable.

Asiéndolo por un brazo, tiró del cuerpo que en aquel momento comenzó a moverse.

—¡Eh, espere, espere! —masculló la voz de Bracket.

Jank y Thelma lo miraron. El hampón tenía los ojos muy abiertos y escrutaba a Kelly en especial.

—Vaya, con que te estabas haciendo el dormido.

—No, no, acabo de despertarme ahora mismo.

—De acuerdo, Bracket, te has despertado ahora y eso te libra de una buena ducha fría.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—Depende de ti —silabeó soltándolo y dejando que quedara sentado en el suelo.

Thelma Dee apoyó su espalda en la jamba derecha de la puerta.

—¿De mí?

Bracket forcejeó con sus muñecas, pero no tuvo suerte. A cada movimiento se hacía más daño.

—Sólo quiero hacerte unas cuantas preguntas, aunque debería aplastarte por lo del muelle.

Bracket trató de mostrarse cínico y apartar el miedo de sí.

—¿Eres policía?

—Si fuera policía, ahora estarías en una comisaría, quizá camino de la horca.

Dennis Bracket suspiró.

—Eso me tranquiliza.

—Pues no te tranquilices tanto. Si estuvieras en la comisaría, tardarías un tiempo en ir al infierno con un boleto llamado horca. En cambio, como yo no tengo deberes burocráticos que cumplir, puedo mandarte al infierno a través de otros boletos. Podrás elegir entre un arma blanca, una bañera repleta de agua, una electrocución como se estila en Nueva York o un simple balazo en el cascarón que cubre tus sesos.

Bracket miró a Kelly de una forma con la que demostró haber perdido de nuevo la tranquilidad.

—¿Quién eres?

—¿Yo?

Kelly se rió débilmente, lanzando una mirada de inteligencia a Thelma para que no dijera nada y le dejara hacer a él.

Antes de seguir, Kelly sacó un cigarrillo que colocó entre sus labios. Raspó un fósforo y prendió lumbre al tabaco, lenta, parsimoniosamente. Con la seguridad de sus manos templadas trataba de romper los nervios de sus prisioneros.

—Sí, tú. ¿Quién eres? ¿Por qué me has traído a este cuarto y quién es ella?

—Quién hace las preguntas aquí soy yo, no lo olvides. No te voy a decir quién soy, pero sí qué hago. Estoy metido hasta las orejas como tú en el negocio de los brillantes.

—Yo no los tengo —se apresuró a argüir Bracket.

—Lo sé, te he registrado lo suficiente. Para hacerlo mejor me haría falta un aparato de rayos «X».

—¿Entonces?

—No te pongas nervioso, Bracket y suelta la lengua, Te conviene y mucho. A mí, tu vida no me importa nada, ¿comprendes?

Bracket tragó saliva dificultosamente. Thelma observaba con labios prietos, tensos los músculos de su rostro. Kelly era quien dominaba la situación.

—Puede que salves el pellejo si me dices quién es el jefe y adonde se llevaban los pedruscos.

—No lo sé.

—Te pones pesado, Bracket. —Se encaró con la chica y preguntó —: ¿Tienes asegurado este apartamento, querida?

—Por supuesto.

—¿Contra incendios?

—Naturalmente —asintió.

—¿Y es alto o bajo dicho seguro?

—Algo elevado.

—Lo que quiere decir que si se quemara la casa saldrías beneficiada.

—Sí, sí antes me llevaba las cosas de valor.

—¿Qué... qué pretendes hacer? —tartamudeó Bracket mirando alternativamente a la pareja, aún más asustado.

—¿No se te ha ocurrido ver en la televisión como se queman vivos los bonzos del Vietnam?

—No pensarás convertirme en una Juana de Arco, ¿verdad?

—Quizá es un buen sistema para desembarazarse de un tipo como tú. Con el fuego se quemará la cuerda que te sujeta y quedarás como un asaltante que ha encontrado la muerte en su propio delito. La policía no buscará a nadie. —Miró a la fémina de nuevo—. Tráete un frasco de alcohol.

—¡Eh, espera, espera, —hablaré, hablaré!— se apresuró a exclamar Bracket, cosa que no hubiera hecho de toparse con la policía.

Bracket creía estar tratando con un hampón como él, sin escrúpulos de conciencia y capaz de eliminarle fríamente como él hubiera hecho a la inversa.

Lo que ignoraba es que Kelly jamás hubiera llevado a la práctica cuanto insinuaba, pues sólo se trataba de una fórmula para amedrentarlo y desatar su lengua.

—Bien. Empieza, te escucho.

—Primero, dime qué sucederá conmigo cuando termine de contar lo que quieres.

—Te quedarás aquí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que compruebe que no me has soltado un saco de embustes.

—¿Y si compruebas que he dicho la verdad?

—Entonces, ya veremos. Te prometo no enviarte al infierno.

—¿Garantías?

—Mi palabra, no puedo darte otras.

Dennis Bracket resopló. Aquello no le gustaba, pero comprendió que en circunstancias idénticas él hubiera sido peor.

—Está bien, no puedo hacer otra cosa.

—Celebro que lo comprendas, Bracket. Ahora, estoy esperando.

—En este negocio no trabajo por mi cuenta. Hay demasiado dinero de por medio.

—Eso quiere decir que hay un pez gordo por encima de ti.

—Sí.

—¿Y los dos que trataron de liquidar al estibador?

—Dos matones baratos que trabajaban para mí.

—¿Iban a prima por cada trabajo que hacían?

—Sí. Ellos me ayudaban en los trabajos difíciles del muelle.

—¿Y luego?

—Obedecía órdenes.

—¿Qué clase de órdenes?

—Pues metía los bombones marcados en una cazuela. Los disolvía con agua templada y filtraba después, quedando los brillantes sobre el filtro. Esta operación la repetía hasta que las piedras quedaban bien lavadas.

—Un trabajo fino en el que no participaban los matones baratos.

—Sí, eso lo hacía yo solo.

—Y luego, ¿qué hacías con los brillantes?

—Llevarlos a las joyerías que me habían asignado previamente.

—Te habías convertido en un corredor de joyas, ¿no? —preguntó Jank mordaz.

—Algo así. No solía intercambiar palabras con los joyeros. Entregaba los brillantes que correspondían a la joyería asignada, el joyero comprobaba su autenticidad y luego me pagaba lo estipulado sin hacer objeciones.

—¿Y lo estipulado se lo indicabas tú?

—No, ellos ya lo saben. No sé cómo, pero lo saben. Conocen cada piedra, su forma, su peso exacto, las formas de sus facetas. Comprueban que es la mercancía que esperan y pagan, ése es todo mi papel en el asunto.

—¿Y no se te ha ocurrido quedarte con ningún pedrusco para ti?

—No. Al principio de este trabajo éramos dos. A mi compañero sí se le ocurrió apropiarse de un brillante más bien pequeño, insignificante al lado de las otras piezas que habían llegado.

Tras el breve silencio que hizo Bracket, Jank preguntó:

—¿Qué le pasó?

—Recibió un balazo en la nuca. Desde entonces comprendí que debía conformarme con la parte que se me había asignado en el negocio y que valía más no cometer estupideces. Después de todo, es el jefe quien conoce el mercado de brillantes. Si tratara de vender un alijo por mi cuenta, los peritos en comprar joyas robadas me sacarían la piel a tiras dándome cuatro perras por unos excelentes brillantes.

—Tú no eres tonto y sabes jugar tu papel al igual que ahora sabes que es bueno hablar y lo haces. Es una buena línea pensar que salvar la vida es lo primero, que los negocios pueden cambiarse, pero que la vida, una vez perdida, ya no se recupera.

—Lo aprendí de joven. Por eso vivo tantos años en los negocios en que estoy metido.

—Acepto que es una buena política. Siguiendo con ella, vas a decirme quién es el jefe.

—Lo ignoro.

—Malo, pero que muy malo, Bracket —silabeó Kelly moviendo la cabeza en actitud negativa.

Thelma miró. ¿Averiguaría al final lo que deseaba saber?

—Te juro que no lo sé. Ni siquiera lo he visto nunca.

—No me agradan los misterios. Me pongo nervioso, trato de resolverlos y luego pierdo el sueño. Lo que más mal me sabe es no dormir el tiempo necesario.

—Ahora será inútil que me amenaces con liquidarme. No sé quién es el jefe.

Jank pensó que Bracket parecía sincero y decidió ser comprensivo con él.

—De acuerdo, enfocaremos el asunto desde otro punto. ¿Qué

tiene que ver la compañía importadora de bombones en este negocio de los brillantes?

—Nada. Nosotros recibíamos el aviso de cuando llegaban los bombones con las piedras dentro. Teníamos preparados siempre unos bombones similares y los sustituíamos.

—Lo malo es que esta vez la mano de un estibador se metió en el negocio por casualidad. Un simple hurto embrolló el negocio.

—Sí. Por eso el jefe lo sentenció.

—Luego, trataríais de recuperar el brillante que tiene la hermana del estibador, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo sabíais que la hermana tenía un brillante? ¿Acaso lo dijo Micke?

—No, lo dijo el jefe. No sé cómo lo hace, pero siempre está al corriente de todo. No se le pueden hacer trucos. El da órdenes y los demás cumplimos.

—Es interesante tu jefe, ¿sabes, Bracket? ¿Cómo te comunicas con él?

—En un pequeño apartamento de París Street.

—Explícame algo más sobre esas entrevistas.

—Yo acudo a ese apartamento. Es muy pequeño.

Una pieza grande, una cocina sin trastos y un cuarto de aseo. Sólo tiene una mesa, sin sillas.

—¿No hay nada más? —insistió Kelly.

—Bueno, un teléfono sobre la mesa.

—De modo que te habla a través de un teléfono reservado para ti.

—Sí. Me da las órdenes allí y sobre la mesa me deja previamente una lista con las piedras que llegan en cada alijo, su peso exacto, los nombres de los joyeros a quienes, deben ser entregadas y lo que pagarán éstos por las gemas.

—A eso le llamo yo un negocio bien montado. Supongo que tú tendrás una balanza de precisión.

—Sí, llegó a mi apartamento por correo. Es una «Work» de monoplátillo. Muy precisa, pues con el peso de los brillantes no se admite error para la entrega, después, a los joyeros.

—Ya, en vez de llevar un número de serie llevas el número de su peso. Bien, bien. Pareces un hombre muy metódico, pero lo que me

agradaría saber es de dónde saca él los brillantes.

—Yo también lo ignoro, pero lo que es seguro es que vienen de Venezuela.

—¿Acaso de la compañía exportadora de bombones?

—No creo que esa compañía tenga nada que ver en el ajo —respondió Bracket sinceramente.

—De acuerdo, ahora sólo me falta comprobar cuánto me has dicho. Dame la dirección exacta del apartamento punto de reunión. Por cierto, una de estas llaves debe ser la que abre el apartamento, ¿verdad?

Bracket suspiró. Se resistía a dar tantas facilidades, pero ya era inútil negarse.

—Sí.

—Bien, no te pregunto cuál es. Me las llevaré todas y yo mismo lo averiguaré.

—¿Por qué te llevas todas mis llaves?

—Para que permanezcas más modosito aquí aguardando mi regreso. Sin las llaves no tienes coche, ni apartamento ni dada, hora reza por si me has engañado en algo.

—¡Eh, espera!

—¿Qué sucede, Bracket? —Se volvió Jank para preguntar cuando ya estaba junto a Telma.

—¿Has dicho que mis muchachos no mataron al estibador?

—Bueno, no sé si morirá o no. Cuando lo dejé estaba vivo todavía. Micke es resistente, casi pétreo. Debieron pensarlo antes de atacarlo, en especial tus dos matones que deben estar ya cociéndose en el infierno.

—Pero si él está vivo, contará a la policía todo lo que sabe.

—Que no es nada, sólo que descubrió un alijo de joyas en una caja de bombones importados. Eso no será demasiado problema para tu jefe. Con cambiar el sistema de tráfico ilegal de gemas, asunto concluido. Es un tipo listo y sabrá cómo hacerlo.

Dennis Bracket parpadeó. No acababa de ver claro e inquirió:

—¿Y qué ganas tú con todo esto?

—¿Yo? —preguntó Kelly sin esforzarse por contener una sonrisa.

—Sí.

Kelly pensó que era preferible mentir al hampón y así lo hizo.

—Con un poco de suerte quizá me convierta en el jefe de ese

productivo tráfico de brillantes.

Empujó a Thelma con el brazo hacia el exterior de la estancia. Cerró el interruptor de la luz y luego la puerta con llave, entregando ésta a la fémina.

—Guárdala bien, preciosa. Es posible que ese sujeto intente escapar.

—Y si trata de hacerlo, ¿qué?

—Avisa a la policía, es lo más seguro.

—Pero ¿no has dicho que la policía no debía enterarse de este asunto? —interrogó extrañada.

—Antes desconocía lo que ese Dennis Bracket podía decirme. Ahora que lo sé, no resulta peligroso aunque suelte la lengua ante Scotland Yard. Todo sigue pareciendo un vulgar tráfico ilegal de brillantes porque aún no hemos llegado al meollo del asunto. Cuando me tope con el jefe quizá haya más suertecilla. Ahora, debo marcharme. Tengo muchas cosas que hacer esta noche.

—¡Qué lástima! —se lamentó ella.

—¿Por qué?

Thelma Dee alzó sus brazos. Rodeó el cuello del hombre mientras hacía que su cuerpo presionara suavemente contra él.

—Me hubiera gustado que te quedaras a protegerme. Tengo miedo de ese maleante y me siento muy sola. Tú eres tan activo, tan hombre... Sabes conseguir todo lo que quieres.

El se dejó besar por la fémina que olía a jabón perfumado de excelente calidad.

Los labios de ella demostraron ser expertos en el arte del beso y Jank le concedió un par de minutos.

Cuando ambos rostros se separaron ligeramente, él vio los grandes ojos de Thelma cerrados, las largas pestañas bajadas y un suave calor arrebolando sus mejillas.

El aliento de su boca era cálido o más que cálido, embriagador. No sabía cómo, pero Kelly ya tenía sus manos puestas sobre las caderas femeninas, únicamente cubiertas por la bata de auténtica seda.

Aquello era demasiada tentación... Era como poner delante de un drogadicto una cápsula de estupefaciente después de haberlo hecho pasar un año sin la anhelada droga.

La separó de sí y dijo:

—Creo que tú también sabes cómo conseguir lo que deseas, pero ahora no tengo tiempo para hacerte los honores que mereces.

Le dio un beso fugaz en los labios para no dejarse embriagar de nuevo, lo que hubiera resultado mucho más peligroso, y abriendo la puerta abandonó el apartamento sin mirar a Thelma. Era duro y frío, pero quizá no tanto.

CAPÍTULO VI

—Quiero ver a mi hermano, es mi hermano, ¿comprende?

El policía esbozó un gesto preocupado. La chica, aunque vestida modestamente, era bonita.

—Lo siento, señorita. Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie excepto al doctor Donaldson, a su ayudante y a la enfermera de turno que lo cuida.

—Pero es mi hermano, soy la única persona que tiene en el mundo y él, él... —Trató de contener sin conseguirlo unas lágrimas que escaparon de sus grandes ojos verdosos—. Me han dicho que está muriéndose.

—De veras lo lamento, señorita, pero órdenes son órdenes y el inspector ha dicho que no deje entrar a nadie. Creo que querrá interrogar a su hermano cuando mejore, si es que Dios le ayuda.

—Pero ¿dónde está el inspector ahora?

—Lo ignora señorita, probablemente investigando acerca de los otros dos hombres que murieron a manos de su hermano, según se supone.

—Mi hermano no es ningún asesino —replicó Mara secándose las lágrimas con el dorso de la mano de forma rebelde, casi violenta.

—Nadie ha dicho que lo sea. Se supone que fue en defensa propia, pero es el inspector que debe aclarar esto, compéndalo, señorita.

En aquel instante se abrió la puerta de la habitación custodiada por la policía. Dos hombres con bata blanca aparecieron en el umbral de la misma.

—Doctor Donaldson...

El galeno se detuvo y miró a la fémina de forma interrogante.

El policía se apresuró a decir:

—Es la hermana del herido, su único familiar. Pregunta por él,

pero yo no puedo dejarla pasar a la habitación tal como ha ordenado el inspector.

El médico negó con la cabeza antes de añadir:

—Hemos estado varias horas con él en el quirófano. Hemos hecho todo lo humanamente posible, pero no está fuera de peligro, suelo hablar crudamente, mis ayudantes lo saben. Las heridas recibidas por su hermano, en otra persona, habrían sido mortales de necesidad, ya se lo he dicho, pero quizá un milagro le hizo resistirlas.

—¿Y él lo sabe?

—No. No ha recobrado el conocimiento desde que cayó al suelo y no dejaré que lo recobre en días, si es que sobrevive.

—¿Por qué en días?

—Porque será la mejor forma de curarlo. Las heridas que tiene son difíciles. El mejor medio de cicatrizarlas es inmovilidad completa. Ahora, discúlpeme. Hay otros pacientes que requieren mi asistencia, pero antes le voy a dar un consejo. Váyase a dormir, aquí nada puede hacer por él.

Mara vio alejarse a los médicos y quedó indecisa. El policía, un cuarentón comprensivo pero inflexible con las órdenes, le sugirió:

—Ya ha oído señorita, es preferible que se vaya a descansar. Aquí su hermano está bien atendido.

Mara bajó la cabeza y asintió:

—Sí, será lo mejor.

Echó a andar hacia la salida. Sus pasos silenciosos apenas se escucharon en el corredor del hospital. Poco después, descendía la gran escalinata central.

Era de madrugada pero Mara no sentía sueño, bullían demasiadas cosas en su cabeza.

Al doblar junto a la cerca de la gran entrada, una mano la cogió por el codo.

—¡Eh! —exclamó intentando descubrir el rostro que se amparaba en la oscuridad.

—No temas nada, Mara. Soy Jank V. Kelly.

—¡Jank!

De pronto, Mara se echó hacia atrás como si temiera algo.

—¡Usted, usted ha tenido que ver con lo ocurrido a Micke!

—No Mara, de veras que no.

—¿Cómo puedo estar segura?

—Porque yo he sido quien ha llamado a la policía al ver a tu hermano malherido, deseando que se salvara.

—¿Usted ha sido? Entonces, ¿por qué se esconde?

—Porque no quiero verme en líos con la policía.

Ella le observó con cierto rencor y desconfianza.

—Y yo que creía que pertenecía a la policía... Me ha engañado bien.

—Vamos Mara, sé realista. Tu hermano descubrió algo importante. En su ingenuidad creyó que podía hacerse rico en pocos momentos, ignorando que en los negocios sucios donde se dilucida mucho dinero hay también muchos lobos que dan dentelladas.

—Usted debe ser uno de ellos, ¿verdad?

—No, yo sólo estoy tratando de hallar a los verdaderos culpables. La verdad es que corrí para salvar a tu hermano, pero no llegué a tiempo.

—No le hizo falta. El supo defenderse solo, mató a los dos que le atacaron.

—Lo malo es que habían tres, y tras ellos, más gente.

—¿Quién era el tercero?

—Un tal Bracket, tú no vas a conocerlo.

—¿No está abusando de nuevo de mi credulidad? —preguntó mirando directamente a los ojos del hombre que brillaban en aquélla casi total oscuridad.

—Comprendo que receles de mí, pero debes tener confianza. Tengo a buen recaudo al tal Bracket y estoy averiguando por mi cuenta.

—¿Porqué no lo entrega a Scotland Yard y deja que las autoridades solucionen el problema? Tienen más medios que usted.

—Sí, tienen más medios que yo, pero debo mantener mi boca bien cerrada. Mi cliente me ha pedido absoluto silencio en esta investigación.

—¿Por qué?

—Es algo que ahora no tengo tiempo para explicarte. Piensa que el dinero juega una baza muy importante.

—Me lo figuro. Ya sé que el brillante vale una fortunita —dijo con sarcasmo.

—Sí, pero hay más brillantes de por medio. Es como si hubierais

levantado la tapa de un colector y ante vuestra vista se hubiera presentado una rata. Lo malo es que al penetrar en el colector os habéis dado cuenta de que está lleno de ratas y resultan muy agresivas.

Ella apretó su menudo puño. Por lo bajo, en tono de queja, murmuró:

—Maldita la hora en que descubrí el brillante dentro de la golosina.

—Será mejor que nos vayamos de aquí.

Mara se dejó llevar por el brazo al automóvil «MG» de Kelly. Tras ponerlo en marcha indicó:

—Te llevaré a mi apartamento.

—¿Qué...? —inquirió muy sorprendida.

—No temas, no pienso seducirte. No es mi plan para esta noche.

—¿Por qué ha dicho que me lleva a su apartamento?

—Saben que tú tienes el brillante que buscan y por apoderarse de él serían capaces de matarte.

—No me importa ya el brillante. Que vengan esos asesinos y yo sé lo entregaré.

—Eso, y luego ellos, como recompensa, te dejan más fría que un cubo de agua sacada del congelador. Eres muy incauta, cariño. ¿Qué crees que pasó con tu hermano?

—¿Trataron de quitarle la piedra? Pero, si él ignoraba donde estaba —arguyó mientras el automóvil rodaba por la gran ciudad del imperio británico.

—Ellos sí lo sabían. Sólo iban a ejecutar a Micke para que no dijera nada, para que no les estorbara.

—¡Asesinos!

—Por eso, tú te vas a venir conmigo. Me siento en la obligación de protegerte. Eres como una cándida palomita volando en medio de una nube de halcones.

—Pero si ellos se presentan en mi apartamento pueden encontrar el brillante fácilmente. Lo he dejado en un simple joyero de porcelana.

—No te preocupes por esa piedra. Es falsa.

—¿Cómo? —exclamó estupefacta—. No puede ser, me han dicho que era buena y que valía muchos, miles de libras.

—El brillante que tú llevaste a la joyería, sí, pero el que te han

devuelto es una copia exacta del tuyo hecha con simple cristal de roca.

—¡Me han estafado!

—No, en realidad. El brillante no te pertenece, Mara.

Ella quedó pensativa, no sabiendo si echarse a llorar o a reír. Al fin no optó por ninguna de las dos situaciones, sino por preguntar:

—¿Desde cuándo sabías tú que era falso?

—He sido yo quien ha encargado hacer la copia sin decir nada a nadie, ni siquiera a quiénes me han contratado.

—Y la verdadera gema, ¿dónde está?

—A buen recaudo, pero olvídate de ella. Lo que no nos pertenece no debe preocuparnos.

Mara estiró sus piernas hacia delante, acomodándose lo mejor que pudo en el asiento del «MG». Jank oprimió un botón y ante un leve susto de ella, el respaldo se abatió hacia atrás unos treinta grados.

—¿Más cómoda ahora?

Ella le miró y sonrió por primera vez. Su fatiga se aliviaba en aquella posición.

—Sí. No sé por qué, pero confío en ti.

—Bueno, bueno, no confíes demasiado. A lo peor resulto un vampiro que te chupa la sangre.

—¿Un vampiro americano? ¡Oh no, por Dios, no acabaría de creérmelo!

—¿Cómo sabes que soy americano? Yo no te lo he dicho.

—Por la documentación de tu coche. Ha estado colgando delante de mis narices.

El sonrió mientras enfilaba por la Lambeth Palace Road. Mara, a su lado, preguntó:

—¿Vives aquí?

—No, sólo que antes debo hacer una visita.

—¿He de acompañarte?

—No. Tú quédate aquí en el coche y espérame. No tardaré.

—¿Por qué no haces esa visita mañana? Es muy tarde ya.

—Es mejor ahora. Ocurre lo que ocurra, no salgas del coche. — Reflexionando brevemente agregó—: Será preferible subir la capota y los cristales. Te sentirás más protegida.

Mediante botones de mando, hizo subir la capota y los cristales

dejando así a la joven en completa tranquilidad y protección, pues no era una hora apropiada para exponerse a los mirones que pudieran transitar por la calle.

Jank caminó rápido. Había dejado el auto algo distante de Paris Street, solía hacerlo cuando no estaba muy seguro de lo que iba a ocurrir al finar de su entrevista o investigación.

Dobló al fin por Paris Street y buscó el número que le habían dado.

—Esta escalera es vieja, pero no está mal. Esperaba encontrar algo peor —se dijo.

Buscó en vano un pulsador para encender la luz eléctrica de la escalera y tuvo que conformarse con su pequeña linterna.

Subió al cuarto piso y se enfrentó con la puerta que buscaba.

Entre las llaves que le quitara a Dennis Bracket escogió la que encajaba en la cerradura que tenía delante.

Se introdujo en el apartamento, pero no dio el conmutador de la luz. Prefirió seguir utilizando su linterna para no llamar excesivamente la atención, ya que podía haberse metido en una ratonera.

Dennis Bracket no le había mentado. Aquel pequeño apartamento era tal como lo había descrito, sin muebles, sólo con una mesa y un teléfono sobre ella.

Jank miró por las ventanas y luego bajó las persianas conectando la luz eléctrica.

La estancia se inundó de luz. Revisó todo el apartamento y no halló un solo papel o libro que le ofreciera una pista. Estaba seguro de que no habría de encontrar ni huellas digitales.

Lo único que consiguió atraer su atención en aquella desmantelada e inhóspita habitación fue el teléfono. Se dirigió hacia él rectamente.

«Parece normal», pensó.

Tomó el auricular y escuchó, pero no obtuvo señal de línea.

—«¡Qué raro!».

El ceño de Jank se había fruncido. Aquel aparato comenzaba a parecerle inquietante y extraño.

Marcó en el disco el número de su propio apartamento y continuó sin línea. Lo sacudió por sí estaba averiado pero siguió sin dar señal alguna.

—Por lo visto, no funciona. Sin embargo, según Bracket recibía las llamadas aquí mismo, precisamente cuando él estaba en el apartamento. Todo es muy desconcertante... Me temo que es un teléfono preparado y sólo simula ser un aparato normal de línea conectada a la red.

Por si acaso se hubiera estropeado, siguió el cordón del aparato hasta la pared donde desapareció empotrándose en ella.

Tras una breve observación, Jank opinó:

—Es muy raro que penetre y desaparezca en esta pared que no parece ser exterior.

Palpó concienzudamente las paredes, sin hallar nada. Luego, revisó la pequeña cocina escrutando receloso la alacena empotrada.

Tanteó todo cuanto pudo y de pronto, al oprimir uno de los listones de madera, éste apenas cedió medio centímetro y el fondo del armario giró sobre un eje abriéndose una puerta angosta.

El otro lado de la pared se hallaba sumido en completa oscuridad. Jank se arriesgó y pasó a aquella inesperada estancia que suponía debía pertenecer al jefe de Dennis.

Con la linterna por delante, quedó en un suntuoso despacho, acondicionado con lujo en estilo neoclásico y que destacaba violentamente con el apartamento que dejara atrás. Su propietario debía tener dinero y en cantidad.

Jank tuvo la impresión de que no se hallaba solo y avanzó con cautela hacia la gran mesa repleta de objetos caros.

De pronto, captó un ruido apenas perceptible, pero estuvo seguro de que se trataba de una puerta que acababa de cerrarse.

Apagó la linterna y quedó quieto, a la expectativa.

Al introducirse allí había tenido buen cuidado en cerrar al máximo la puerta secreta que unía el apartamento con el lujoso y totalmente alfombrado despacho.

—¿Será alguien que se aleja, quizá el hombre que busco? Mejor, así podré dar un vistazo sobre lo que haya aquí y sorprenderlo más tarde.

Permaneció quieto unos segundos más. Al fin, volvió a pulsar la linterna que proyectó su cono de luz sobre el amplio escritorio.

—Parece que todo está en orden. ¿Quién será el dueño de todo esto?

Fue a dar la vuelta a la mesa para mejor alcanzar los cajones y

con ellos los secretos que pudieran ocultarse allí cuando el cono de luz halló algo muy significativo.

El rostro de un hombre reposaba inmóvil sobre la alfombra, El resto de la anatomía desaparecía tras la gran mesa.

—Es Van Garen —reconoció al punto.

Se arrodilló junto al holandés, miembro ejecutivo del Diamond Club y controlador del mundillo de los brillantes en Europa.

Le tomó el pulso.

—Muerto.

Su exclamación fue corta pero significativa. Van Garen yacía cadáver con dos balazos entre las costillas. No cabía duda de que estaba recién muerto, pues su cuerpo se conservaba muy caliente.

—El tipo que lo ha dejado fiambre no puede ser otro que el que ha huido al entrar yo aquí. Pero ¿quién será?

La pregunta quedó en el aire, sin respuesta, y Jank Kelly no era tan ingenuo como para echar a correr en persecución del fugitivo que en aquellos momentos ya debía andar muy lejos y al salvo.

—Han debido emplear un silenciador, y para matarlo aquí, es que Van Garen conocía muy bien a su asesino y lo ha dejado pasar hasta el despacho. Pero, el homicida lo ha sorprendido a él enviándolo al infierno. En fin, ya se encargará Scotland Yard de buscarlo. Lo malo es que va a ser como una bomba la noticia del asesinato de éste hombre tan influyente en el mundo de los brillantes. No creo que la policía pueda relacionar aún los crímenes del muelle y el asesinato de Garen y si este despacho pertenece al holandés, no cabe duda de que él era un miembro de los traficantes de brillantes no controlados por las computadoras del Diamond Club.

El caso se presentaba serio. Tendría que ir con tiento si no deseaba que le hicieran unos ojales en la piel con molduras de plomo.

Por otra parte, había que actuar con prontitud. Estar cerca de un cadáver cuya existencia era ignorada por la policía, resultaba demasiado peligroso.

Si le atrapaban allí, debería responder a muchas preguntas, si es que al fiscal no se le ocurría la feliz idea de acusarlo de homicidio y tratar por todos los medios de conducirlo a la horca.

Debía aprovechar cada segundo para averiguar cuanto pudiera y

puso manos a la obra.

Abrió varios cajones, calzándose previamente unos guantes de piel de cabritilla que siempre llevaba consigo.

Revolvió documentos que nada le dijeron, pero cuando intentó abrir unos cajones laterales, se encontró con la sorpresa de que éstos no cedían.

Se fijó mejor en el trío de cajones y acabó por mover un resorte oculto bajo el cajón central. Los tres cajones resultaron falsos, sólo eran una pantalla que al girar sobre un eje dejó al descubierto una caja de caudales empotrada en la pesada mesa escritorio.

La caja era de excelente calidad, pero con un mando numerado y cerradura para llave.

—Quizá la tenga Van Garen y el asesino no haya reparado en ello.

Buscó en el cadáver y tuvo suerte encontrando un llavero. Uno de los llavines entró en el orificio de la cerradura. El resto lo hicieron sus dedos en busca de la clave.

No habría llegado a ser un buen investigador de no aprender antes a fondo la técnica de los que vivían al otro lado de la ley, esmerándose particularmente en abrir cajas de caudales. La de Van Garen se le resistió por poco tiempo.

Cuando la hubo abierto, respiró hondo. Después, revolvió entre los papeles que había dentro cuando le llamaron la atención un grupo de cuatro o cinco en las que a simple vista no se veía nada, pero que estaban perforadas.

Observaba aquellas extrañas hojas cuando el ulular de la sirena de la policía se hizo audible, acercándose rápidamente.

«¿Habrás tenido la cara de avisar a la policía el propio asesino para cargarme el muerto a mí?», se preguntó Jank, sabiendo de antemano la respuesta, que no era otra que un rotundo sí.

Se apresuró en cerrar la caja de caudales y la tapa de los falsos cajones cuando la policía aparcaba ya bajo el edificio de la Lambeth Palace Road.

Devolvió el llavero al cadáver, pero se llevó consigo aquellas hojas perforadas.

Sonó el timbre de la puerta con insistencia. Kelly sabía perfectamente que si no abría nadie, la policía no tardaría en reventar la cerradura para irrumpir en tromba en la casa de Van

Garen.

Si le atrapaban allí dentro como pretendía el asesino, iba a tener muchos problemas, quizá más de los que pudiera solucionar.

Pasó al desmantelado apartamento cerrando la puerta secreta con rapidez.

—¿Habrás advertido el asesino a la policía de que a través de este apartamento también pueden atraparme?

Por si aquello sucedía, se apresuró a abandonarlo y descender las escaleras a ciegas. Al llegar a la calle, observó a un lado y a otro.

—Todavía no han llegado aquí.

Cruzó Paris Street, pero en vez de salir a Lambeth Palace Road, anduvo en dirección contraria. Dobló por Lower Marsh y siguió caminando paralelamente a Lambeth Road.

Luego, torció de nuevo a la derecha por Etangate Street y salió finalmente a Lambeth Palace por detrás de su «MG» en el que Mara le aguardaba.

—¡Jank! —exclamó la chica con cierto alivio.

—Hay que salir volando de aquí.

—¿Ha sucedido algo? He visto llegar a la policía y he temido lo peor.

—Han convertido en fiambre no comestible al sujeto que iba a visitar y se han apresurado a dar el soplo para que yo cayera en una ratonera. Era como matar dos pájaros de un tiro, pero gracias a Dios aún tengo alas de águila.

—La policía se ha detenido frente a un portal por el que tú no has entrado.

—Sí, pero las casas se intercomunican a través de un paso secreto. Yo mismo he entrado por él —explicó mientras ponía el «MG» en marcha con el máximo de suavidad para no llamar la atención de los policías que estaban acordonando aquel sector de la calle.

—Creo que yo he visto al asesino.

Ante aquella explicación de la hermosa Mara, Jank exclamó:

—¿Cómo?

—Sí, he visto a un hombre salir rápidamente del portal y dirigirse a una cabina de teléfonos que está al otro lado de la calle, aquella de allá abajo.

—Sí, ya la veo. No cabe duda, ha ido a avisar a la policía. Dime,

¿cómo era ese tipo?

—No hay mucha luz y la distancia era considerable, pero me ha parecido de estatura normal y no muy joven.

—¿Nada más puedes decir sobre él?

—Que llevaba un traje oscuro —añadió la joven cuando ya el auto, sin llamar la atención, se alejaba de aquel barril de pólvora con la mecha encendida que era la casa de Van Garen.

—Un tipo que no es joven, traje oscuro y que además sabía que yo estaría aquí. Sólo puede ser uno.

Tras decir esto, pisó el acelerador a fondo.

CAPÍTULO VII

El «MG» se detuvo ante la lujosa portería.

Jank V. Kelly quitó la llave del contacto del automóvil y saltó al suelo.

Mara Bannard, como no había recibido orden de quedarse dentro del coche, también se apeó corriendo tras él.

Comenzaba a sentir pánico de quedarse a solas. Los crímenes se sucedían y ella podía ser la siguiente víctima y más si descubrían que el brillante que guardaba en su casa era falso. Quizá pensaran que era un truco suyo para, al final, volver a quedarse con la gema auténtica.

Al entrar Mara en el ascensor, Jank no dijo nada y pulsó el botón correspondiente al piso de Thelma Dee.

Cuando se detuvieron frente a la puerta del apartamento Jank, en silencio, oprimió las campanas eléctricas.

La llamada no obtuvo respuesta.

—¿No habrá nadie?

—Los cadáveres tampoco suelen responder —objetó el hombre con sarcasmo, evidentemente preocupado.

—¿Temes que hayan matado a, otro hombre aquí dentro? —inquirió la joven mientras Kelly insistía en la llamada.

—A un hombre no, a una mujer, y si así hubiera sucedido me sentiría responsable para el resto de mis días.

La puerta de construcción moderna, en contraplacado de madera, no resistió la primera embestida de Jank V. Kelly, quien irrumpió en tromba dentro del apartamento.

—¡Thelma! —llamó temiendo lo peor.

Mara penetró tras el investigador y ambos escucharon unos ruidos tras una puerta que Jank abrió rápidamente.

—¡Ahí está! —exclamó Mara señalando el cuerpo que yacía en el suelo.

Thelma Dee permanecía atada de pies y manos, con una mordaza cubriendo su boca, en la misma habitación en que dejara a Dennis Bracket.

—Tranquilízate, Thelma. Todo ha pasado.

Kelly le quitó la mordaza primero y luego fue soltando todas las ligaduras.

—Jank, temí que le hubiera matado —suspiró Mara aliviada.

Thelma Dee observó a la morena y un destello de rivalidad brilló en sus pupilas. Desvió su mirada hacia el hombre y se apresuró a explicar.

—Se ha escapado.

—Sí, ya veo. ¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé. De pronto he sentido un fuerte golpe en la cabeza, aquí detrás. —Se frotó sobre el cabello en el lugar correspondiente a la nuca.

—¿Y qué más?

—He perdido el conocimiento y al despertar me he encontrado aquí, atada y amordazada. He pasado mucho miedo temiendo que nadie se acordara de mí. Podía haber muerto de inanición.

Thelma, ya con las manos libres, se abrazó acongojada al hombre.

Mara Bannard los miró. Sin saber por qué, sintió un vivo escozor dentro del cuerpo. ¿Celos quizá?

—Vamos, vamos, toda ha pasado —calmó Jank.

—Podía haberme matado. Ya te lo he advertido antes de que te fueras.

—Sí, ha sido un error por mi parte dejarte a solas con él. Era un tipo astuto, pero alguien le habrá ayudado a escapar.

—Yo no he visto a nadie, ni siquiera a él.

Jank Kelly pasó al lavabo adjunto al pequeño cuarto y descubrió roto en el suelo el cristal que servía de soporte a las botellas de jabón o colonia que en aquel cuarto aseo no existían.

—Con uno de estos cristales se ha librado de las ligaduras y luego te ha atacado escapando.

Thelma Dee semejó preocuparse y dijo:

—Qué raro, yo no he oído rotura de cristales.

Jank permaneció pensativo. Luego opinó:

—Si hubiera dejado caer la tablilla de cristal para hacerla

pedazos y aprovechar uno de ellos, lo habrías oído, pero si lo ha depositado en el suelo cuidadosamente y luego lo ha pisado con el pie apoyando cada vez más fuerte hasta romperlo, el ruido es mínimo. Creo que ése es el sistema que ha utilizado. Un tipo listo ese Bracket.

—¿Qué piensas hacer ahora? —inquirió Thelma.

Antes de que Jank tuviera tiempo de responder, Mara indicó:

—Ese hombre ha matado a otro y la policía ha estado a punto de atrapar a Jank acusándolo del crimen.

—¿Es cierto eso, cariño? —interrogó Thelma sin separarse de él.

—Sí. Han matado a Van Garen.

—¿A Van Garen, cómo?

El asombro de Thelma Dee era evidente.

—Ya te lo explicaré en otro momento.

La rubia, encarándose con Mara, inquirió:

—¿Quién es ella? ¿La hermana del estibador?

—Sí.

—Pues, no está mal.

—Gracias —agradeció Mara entre dientes.

Desde el primer instante, había sentido antipatía por Thelma.

—Se lo digo sinceramente. Ahora comprendo por qué Jank se ha fijado en usted. Claro que si vistiera de otra forma...

—Yo no tengo su suerte, señorita. Mis vestidos debo comprarlos en saldos de los grandes almacenes, mi presupuesto no da para más.

Tras decir esto, dio media vuelta y echó a correr hacia el exterior del apartamento.

—¡Mara, aguarda! —gritó Kelly.

Thelma tiró del brazo varonil impidiéndole ir tras la morena. El hombre se desasíó de su mano al tiempo que argüía:

—Suéltame. No la has tratado debidamente. No tenías por qué humillarla.

—Perdona si por un momento he carecido de la suficiente delicadeza con tu protegida.

Kelly no respondió y corrió hacia el descansillo de la escalera, pero ya la puerta del ascensor se había cerrado y Mara descendía rápidamente.

Jank apretó los puños, impotente.

Le dolía aquella huida, pero después de todo, Mara era libre.

Thelma, que también había salido, se colgó de su brazo mientras con la mano libre le acariciaba el cabello de la nuca.

—Pobre Jank, se le ha escapado la cándida paloma que pretendía hacerse rica con un brillante que no le pertenecía.

—Para ella significaba mucho ese dinero. Era salir del mundo que la rodea.

Thelma Dee supo tirar del hombre hacia el interior del apartamento. Cerró la puerta con el pie, aunque no pudo quedar bien cerrada debido a las roturas que tenía.

Se colgó materialmente del cuello de Kelly y dijo:

—Me has salvado la vida y creo que estoy obligada a agradecértelo.

Una vez más, Jank V. Kelly pensó que Thelma sabía besar muy bien, tan bien que tenía la facultad de embriagar.

Lord Wood se embutió en su bata acolchada. Mientras calzaba sus zapatillas, gruñó:

—Mañana va a oírme el superintendente de seguridad. Despertarme a estas horas de la madrugada por un inspectorcillo de policía...

El presidente del Diamond Club, acompañado por su mayordomo de estiradas facciones, abandonó la alcoba.

Tras descender las amplias escalinatas de la mansión que terminaban en un salón barroco, pasó a su despacho.

En el centro del despacho descubrió a dos hombres que se apresuraron a presentarse, en especial el más bajo y de bigote recortado con algunas hebras grises.

—Soy el inspector Kramer. Me acompaña el sargento Landy.

—Bien. ¿Qué se le ofrece a la policía a estas horas de la madrugada en casa de lord Wood que soy yo?

El inspector de Scotland Yard carraspeó ligeramente.

Tenía mucha experiencia y sabía que los lores podían ofrecer entrevistas borrascosas si se les molestaba a horas intempestivas, máxime cuando quien les visitaba no gozaba de una alcurnia social equiparable a la suya.

Kramer, de vivaces ojillos castaños, comenzó a pensar que quizá había cometido un desliz presentándose en aquella mansión para hacer preguntas. Si al menos hubiera esperado al día siguiente...

—Vamos, inspector, decídase. ¿Qué ocurre? ¿Alguien ha

colocado una bomba de relojería en mi casa o es que viene a comunicarme que se ha caído la torre del Big-Ben?

Si fuera así, casi me congratularía, porque a veces no me deja dormir, lo mismo que el inoportuno Scotland Yard.

—Lord Wood, hemos venido a verle como presidente del Diamond Club que es. He creído que estaría al corriente de cuánto sucede en el mundo de los brillantes.

Lord Wood frunció el ceño y esbozó un gesto de contrariedad como temiendo malas noticias.

Rodeó la mesa-despacho y se sentó tras ella.

—Bueno, si se trata de hablar de brillantes posiblemente pueda ayudarles. ¿Han descubierto algún filón en el subsuelo de Londres?

—Usted siempre tan irónico, lord Wood —objetó Kramer, añadiendo—: Verá, han muerto dos hombres en el muelle y han herido a otro.

—Eso parece un caso de homicidio.

—Así es, lord Wood, pero estamos investigando las causas.

—¿Y las conoce ya?

—No del todo. Sólo sé que quienes conocían a los dos muertos han declarado que últimamente no les faltaba el dinero y que solían verles frecuentemente con un sujeto que visitaba las joyerías.

—En las joyerías se vende oro, plata, relojes, pero pocos brillantes. No hay mucha gente que pueda adquirirlos.

—Es cierto, lord Wood. El brillante es una pieza muy cara y por eso se puede obtener mucho beneficio con poco volumen. La verdad es que hemos creído que en el muelle había un tráfico ilegal de brillantes.

—¿Han encontrado alguno para demostrarlo?

—No, no hemos encontrado ninguno, pero el herido, que era un estibador, había abierto una caja de bombones que venía de Venezuela. En el suelo aparecían bombones mordidos...

—A lo mejor era un goloso —ironizó lord Wood.

—Puede ser, pero no creo que lo fuera hasta el punto de ensartar a dos hombres con su gancho mientras los mordía, porque luego los ha arrojado al suelo. Además, en su delirio, pues ese estibador está herido casi de muerte, ha hablado de un brillante. Parece que es su obsesión.

—Admito que es significativo, pero no creo que sea una prueba.

—Yo deseaba preguntarle a usted, ya que desde su club controlan el mundillo internacional del diamante, si hay algún asunto feo relacionado con estas piedras preciosas.

Lord Wood miró fijamente al policía. No consiguió desfruncir su propio ceño y mintió:

—Que yo sepa, no ocurre nada anormal. Que hay tráfico ilegal de brillantes, es probable, siempre lo ha habido y lo habrá. Como usted bien ha dicho, es una piedra fácil de pasar dada su pequeñez.

—Es cierto, lord Wood, pero lo que más me preocupa no es eso.

—Entonces, ¿qué es? ¿Cuál es el motivo por el que me han sacado de la cama?

—Van Garen, un holandés al que usted conoce muy bien...

—Naturalmente que lo conozco. Es un personaje importante dentro del mundo de los brillantes en Europa.

—Era. Van Garen, miembro del Diamond Club, del cual usted es presidente, ha sido asesinado esta noche.

—¿Cómo? —exclamó con sinceridad capaz de convencer a los policías.

—Alguien nos ha comunicado por teléfono, anónimamente, que acababan de asesinar a Van Garen y que si nos dábamos prisa podríamos atrapar al asesino en su casa.

—Por la cara que hacen, deduzco que no han tenido suerte —comentó lord Wood con sarcasmo.

—Así es lord Wood, no hemos tenido suerte. El asesino sigue paseándose libremente por Londres.

—Pues van a tener que apresurarse, porque voy a ejercer toda mi influencia en la dirección de Scotland Yard. La muerte de Van Garen suscitará muchos problemas.

—No lo ignoramos, lord Wood —asintió el inspector Kramer— por eso estamos investigando y es nuestro interés atraparlo cuanto antes, pero me estoy oliendo que hay mucho trapo sucio en todo este asunto y que alguien anda de por medio embrollándolo. Por casualidad, ¿no habrán contratado ustedes a algún investigador privado?

—Nosotros, ¿por qué habríamos de hacerlo? —inquirió lord Wood cuando en aquel instante repiqueteaba el teléfono que se hallaba sobre la mesa escritorio.

El mayordomo se inclinó para coger el auricular, pero lord Wood se anticipó tomándolo con su mano.

—¿Quién llama a estas horas de la noche a casa de lord Wood? —interpeló con dureza.

—¿Está ahí el inspector Kramer? —inquirió una voz desconocida para el aristócrata.

Lord Wood, enfurruñado, no respondió y alargó el auricular al inspector.

—Es para usted. Parece que mi despacho se ha convertido de pronto en una comisaría. Sólo falta que me pongan agentes de uniforme en la puerta.

El inspector no respondió al sarcasmo y dijo ante el micro:

—Al habla el inspector Kramer.

—Inspector, la chica ha llegado a su apartamento hace breves instantes. ¿Cuáles son sus instrucciones ahora?

—No la pierdan de vista. Voy inmediatamente hacia allá para interrogarla. Quizá sepa algo más sobre su hermano.

CAPÍTULO VIII

El invidente deslizaba las yemas de sus dedos sobre la hoja de papel perforada con punzón.

—Cinco, coma, cuatro, uno, siete —fue diciendo con voz ronca.

Jank V. Kelly iba anotando cuidadosamente todos los números que le dictaban.

—Se terminaron los números. —El invidente sonrió mientras sus ojos, inmensos en la nada, se ocultaban tras unas gafas de cristal negro y opaco—. Todo han sido cifras hasta ahora. ¿No se tratará de un juego de claves de los «scouts»?

—No, me temo que no —repuso Jank preocupado mientras terminaba de anotar los últimos guarismos leídos.

—Ahora, al final, parece que hay algo así como una firma.

—¿Puede leerla? —inquirió Kelly vivamente interesado.

—Sí, claro que sí.

—Adelante, estoy esperando.

El invidente pasó de nuevo a la lectura de aquel escrito realizado por el sistema Braille a base de perforaciones en la hoja.

—Es un poco raro el nombre.

—Deletréalo.

—G.A.F.T.A.N.

—¿Gaftan?

—Sí, eso es lo que pone —aseguró el invidente acompañando sus palabras con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Puede ser una clave, una simple contraseña o también un apellido.

—A mí me suena a alemán.

—Y a mí también. Su ayuda ha sido inestimable, amigo —dijo a aquel miembro de la asociación de invidentes de Londres al que Jank V. Kelly había pedido que tradujera la escritura Braille hallada en la caja fuerte de Van Garen.

La criolla alta, esbelta, morena, con opulentos senos apenas cubiertos por el vestido veraniego, esperaba ansiosa el veredicto de aquel estrafalario joyero que, pese a estar en la cálida Venezuela, usaba barba y bigote.

Tras escrutar la piedra de intenso color verde, el hombre sonrió y la tendió a la fémina que alargó su diestra para, recogerla.

—Bueno, ¿me la compra o no me la compra? —preguntó ella en lengua hispana y con meloso y suave acento.

—Todavía no estoy loco, señorita —repuso el joyero que tenía un marcado deje alemán.

—¿Cómo? —exclamó escandalizada la sudamericana—. ¡La piedra es buena!

—¿Buena? Una burda y mala imitación. Sólo a un lerdo podría engañar con ella.

—Oiga, ¿qué se ha creído? Me ha tratado de, de... ¿Qué ha dicho?

—Lerdo —casi deletreó el joyero—. Ese cristal con pretensiones de esmeralda no va a pasarlo ni a un turista.

—¡Mala...! —despotricó la mujer, sin miramientos, en su lenguaje—. El tío me la dio haciéndome creer que era auténtica.

—¿A cambio de mucho dinero? —preguntó el propietario de la pequeña tienda ubicada en los muelles de La Guaira, a doce kilómetros tan sólo, pero a novecientos metros de altitud, se hallaba la gran Caracas.

—¿Dinero? Me he pasado los quince días que el muy puerco ha estado en Caracas acompañándole, haciéndole de guía y por las noches... Como ese fulano vuelva por Caracas, le saco los ojos. Me dijo que me pagaría bien y parecía tener plata y resulta que me larga un vidrio. Yo se lo metería en el...

El joyero no pudo por menos que reírse ante las furiosas exclamaciones de la criolla que, soltando su genio, había resultado un torbellino.

Tal como decía, sí era capaz de sacarle los ojos al turista que se había burlado de ella. Lo cierto es que la mujer estaba pero que muy bien.

La fémina abandonó la pequeña joyería y el hombre de la barba pasó a la trastienda.

Ésta no era muy grande. Tenía una ventana desde la que podían

verse los muelles y una puerta que permanecía cerrada.

Un joven de piel tostada, alto y de cabello rubio que le delataba como de origen teutónico o por lo menos escandinavo, escrutaba con unos gruesos prismáticos la zona del muelle a través de la ventana.

—¿Cómo va, Peter?

—Todo normal, padre. Desde que me trasplantaron las córneas me da placer mirar. No pararía de hacerlo.

El hombre de la barba suspiró y observó con orgullo a aquel hombretón que era su hijo.

—Cuando un ciego obtiene el goce de la vista por la obra de una maravillosa operación quirúrgica, desea ver y ver, pero ten cuidado Peter. Quizá a través de los prismáticos te esfuerzas demasiado.

El joven, no mayor de veinte años, sudaba y apenas cubría su cuerpo robusto con una camiseta de algodón.

—El Work Liverpool no se ha movido. La operación de carga se ha realizado con normalidad. Todo va perfectamente.

El hombre de la barba observó el cielo a través de la ventana. El horizonte enrojecía, la noche estaba próxima.

—Creo que ya es hora de que te prepares. El Work Liverpool está esperando a que vayas por él. Ten cuidado con los escualos.

—Bah, de noche son tan ciegos como yo, es decir, más. Yo llevo mi brújula submarina para orientarme.

—En cuanto te marches cerraré la tienda para que no nos estorben.

Peter soltó los prismáticos. Se colocó una camisa floreada y abandonó la trastienda.

—Ten mucho cuidado, hijo, no te comprometas demasiado. No quiero que te cojan. Las cárceles cálidas y húmedas son las peores, te lo digo por experiencia. Es en donde más enfermedades sucias pueden atraparse.

—No temas padre, no nos cogerán.

Peter abandonó la joyería y el hombre de la barba le siguió con la mirada.

Luego, cerró la puerta y colgó el rótulo de «Cerrado». La puerta, protegida con rejas, no era fácil de abrir al igual que el pequeño escaparate también protegido, aunque las joyas de más valor allí expuestas sólo eran copia de las verdaderas que se guardaban en la

caja fuerte.

El propietario de la joyería era un magnífico tallador, capaz de hacer pasar un vidrio común por un brillante aunque las piedras que más corrían por sus manos en aquella tiendecilla sin pretensiones era las esmeraldas, esmeraldas que se descubrían en aquellas tierras cálidas de Sudamérica.

El hombre sabía bien que entre las esmeraldas verdaderas corrían muchas falsas, pues era fácil extraer de un collar o pulsera un par de piedras auténticas sustituyéndolas por falsas si se había conseguido hacer una buena imitación en poco tiempo.

Peter anduvo con paso rápido aunque en apariencia indolente hacia la playa del Este. No se percató de que un personaje, casi convertido en sombra fugaz, le seguía. La oscuridad que iba envolviéndoles paulatinamente favorecía más a su seguidor que a él.

El rubio venezolano, pues ésta era su nacionalidad al haber nacido en tierras sudamericanas, antes de dirigirse a las casetas para bañistas que había en la playa, miró alrededor, mas no descubrió al personaje que le seguía.

—Hola, Peter —saludó una voz femenina.

El joven se sobresaltó ligeramente. Junto a él vio aparecer a una chica de piel tan tostada como la suya. Lucía un bikini diminuto, demostrando así que su anatomía era digna de ser contemplada.

—Hola, Luisa. ¿Qué haces aún por aquí?

—He tomado el sol hasta última hora. Regreso a Caracas, si quieres te llevo en mi carro. —Podemos pasarlo bien en el Guacamayo Amarillo, estaremos todos los del grupo.

—Es posible que vaya a última hora.

—¿Por qué no ahora? —preguntó la chica con su mejor sonrisa.

—Ya sabes que me agrada nadar de noche.

—Si quieres, te aguardo.

—No, no hace falta. Espérame en el Guacamayo. Haré todo lo posible por acudir luego.

—Bien, Peter. —Le besó en los labios—. Allí te espero.

La mujer se alejó haciendo oscilar sus caderas atrayentes.

Peter extrajo una llave y abrió una de las casetas. Se introdujo en ella con rapidez.

De no utilizar una linterna que tenía para tales circunstancias,

habría estado en completa oscuridad.

Se despojó de la ropa vistiendo un traje de baño. Ajustó el cinturón de plomos a su cuerpo y al cinto agregó el cuchillo de acero inoxidable. Luego, colocó en su muñeca los medidores de profundidad y brújula. Como reloj llevo el usual, ya que era sumergible.

Peter fue hábil y rápido en ajustarse los atalajes que sujetaban las bombonas y oxígeno pintadas en negro para que no fueran visibles en la noche. Tomando las gafas y las aletas de los pies, abrió de nuevo la portezuela de la caseta.

Miró alrededor y no vio a nadie. Corrió hasta la playa y se colocó las aletas. Tras proteger sus ojos con las gafas submarinas, desapareció en las olas del mar Caribe, lugar idóneo para anidar tiburones.

Nadó hasta el final de la escollera y luego se sumergió seis pies dejándose guiar por su brújula mientras avanzaba.

El cuerpo ágil de Peter nadó rectamente hacia el Work Liverpool al que tardaría en arribar por hallarse a considerable distancia.

Llegó a la nave sin dificultades, sin sufrir ningún tropiezo. Los tiburones no solían introducirse en la rada del puerto pero de noche resultaban menos peligrosos todavía.

Peter no veía nada, más con la intuición sólo posible en los ciegos o en quienes lo habían sido, no se desvió de su ruta.

Al fin, tocó el casco metálico del buque con bandera sudafricana, un carguero de gran tonelaje un tanto viejo, pero con considerables modificaciones que lo hacían muy utilizable todavía.

Se sumergió más en las aguas hasta tocar la quilla del navío. Luego, intuitivamente, nadó en dirección a la popa. Allí comenzó a pasar sus manos por el casco algo sucio, un casco con un gran tanto por ciento de algas e incrustaciones que mermarían su velocidad.

El tiempo fue transcurriendo en su búsqueda a base de tanteo. Al fin, cuando ya pasaban de los quince minutos, halló lo que deseaba.

Una caja metálica, no más grande de diez pulgadas de largo por tres de ancho y tres de alto, a la que también se habían adherido las incrustaciones, se hallaba fuertemente pegada al casco.

Peter desnudó la hoja de su cuchillo y limpió de algas el sector. Luego, introdujo el acero entre la caja metálica y la plancha del navío, separando ambas al mismo tiempo que apoyaba sus pies

calzados con aletas contra el casco del Work Liverpool. Con la mano libre, tiró de la caja.

Consiguió despegarla no sin esfuerzo. A ambos, lados y por la parte interior, la caja llevaba dos poderosos imanes que habían hecho que la caja no se perdiera en el océano y siguiera adherida al casco hasta que Peter la despegara de él.

Enfundó su cuchillo y sujetó la caja dentro de una bolsa de nylon que había junto a su cinturón. Para nivelar el peso, dejó caer algunos plomos de lastre al fondo del puerto.

Emprendió el regreso a la playa, rodeando antes la larga escollera.

Antes de salir del agua, casi materialmente en la orilla, observó la playa a todo lo largo. Prefirió esperar a salir del mar hasta que un solitario paseante se alejase lo suficiente como para que no pudiera molestarle.

Como un espectro mítico surgido del mar, ya que su rostro no podía verse con claridad debido a que se hallaba casi oculto por las gafas y la boquilla del oxígeno, cruzó la arena con rapidez dirigiéndose a la caseta.

Cuando ya abría ésta, una mano surgida del interior se cerró sobre su muñeca.

Al sentirse atrapado saltó hacia atrás, pero fue inútil; la mano no le soltó.

Desenfundó el cuchillo y lanzó su hoja hacia delante, pero su contrincante no era un novato en la lucha y propinándole un empujón lo puso ante la puerta de la caseta donde quedó ensartado el brillante acero.

Peter encajó en su estómago dos golpes que lo tumbaron sobre la arena. Quiso huir, pero su atacante lo sujetó boca abajo y le arrebató la bolsa de nylon con la caja dentro.

—Muy bien, Peter Gaftan. Aquí dentro debes llevar los diamantes.

—¿Quién es usted? No le conozco.

—Es lógico —le respondió el recién llegado con marcado acento norteamericano—. Me llamo Kelly.

—¿De la Interpol?

—Eso sería lo malo para ti. Anda, sé buen muchacho y quítate los atalajes.

Jank V. Kelly arrojó sobre la arena el pantalón y la camisa del joven rubio y arrancó el cuchillo clavado en la puerta.

—Vístete rápido. No me agrada perder el tiempo.

—¿Vestirme ahora, por qué? ¿No me ha quitado ya lo que buscaba? —preguntó señalando la caja metálica en la cual aparecían incrustaciones marinas.

—No soy un ladrón internacional de diamantes, Gaftan. Quiero que vayamos a ver a tu padre y charlemos amigablemente.

—¿Y si me niego o le creo problemas? —preguntó abiertamente desembarazándose al mismo tiempo de las ampollas de oxígeno.

—Será una lástima, porque de este negocio ya no os vais a beneficiar más. Cuando Jank V. Kelly se propone algo, no se detiene hasta terminarlo todo concienzudamente. Además, me vería, obligado a advertir a las autoridades venezolanas y creo que iban a molestarse un poco. Me temo que las cárceles ecuatoriales son muy malas para la salud.

—Sí, eso ya me lo habían advertido.

—¿Quién?

—Mi padre —respondió filosóficamente.

Pocos minutos más tarde caminaban hacia la pequeña joyería. Kelly hizo avanzar a Peter de modo que su padre no pudiera verles desde lejos para evitar una desagradable sorpresa que culminara en una situación irreparable.

Al llegar frente a la tienda se detuvieron. Jack Kelly pidió:

Abre la puerta. Sé que llevas llave. La he tenido en mi mano al registrar tus ropas en la playa.

—Antes quiero que me responda a una pregunta.

—De acuerdo si no perdemos mucho tiempo con ello.

—¿Cómo ha dado con nosotros?

—Ha sido fácil, muy fácil. Sólo tenía que buscar a un tal Gaftan de nacionalidad alemana residente en Venezuela y por si fuera poco, joyero. Un especialista en tallas de gemas valiosas.

—Pero ¿cómo averiguó nuestro nombre? Mi padre no ha salido de Venezuela desde que terminó la guerra europea y tuvo que refugiarse aquí.

El investigador privado sonrió.

—Muchacho, en mis averiguaciones me enteré de que fuiste ciego durante unos años, pero que gracias a un trasplante de

córneas recobraste la visión. Ahora dime, ¿no se te ha ocurrido pensar que no sólo tú conoces el sistema Braille para invidentes?

Peter Gaftan sonrió. Sacó la llave y franqueó la pequeña joyería.

—Peter, ¿eres tú? —inquirió la voz del viejo barbudo desde la trastienda de la que escapaba luz.

—Sí, padre, soy yo —repuso el muchacho mientras Kelly accionaba el conmutador eléctrico inundando de luz la pequeña tienda.

—¿Cómo ha ido todo, muchacho? —preguntó el exnazi quitándose la lente de su ojo y pasando a la tienda propiamente dicha.

Al descubrir a Kelly palideció y frunció el ceño cuando vio la caja metálica en manos del forastero.

—¿Busca esto, Gaftan? —preguntó Jank irónico.

—Padre, me atrapó al regresar del mar. Es americano y dice que nos dejará tranquilos si no nos metemos con él.

—¿Tranquilos? —repitió Gaftan sin desfruncir su ceño—. ¿Sabes lo que nos ocurrirá si las piedras se las lleva él? —Hizo una pausa significativa y agregó—: Nos matarán.

—Nadie va a matarles, pero si tratan de hacer alguna tontería contra mí, les va a pesar. La policía venezolana sabe que estoy aquí. Me llamo Jank V. Kelly, ya se lo he dicho a su hijo, de profesión investigador privado.

—¿Investiga el caso de los brillantes?

—Sí, de los brillantes que ustedes tallan con primor extralegalmente. No es un delito tallar piedras preciosas, pero sí el contrabando ilícito, de modo que no les conviene ponerse a mal conmigo. El negocio se terminó, amigos. Ustedes han realizado un trabajo, no han hecho mal a nadie y han cobrado por él. Ahora se encuentran en una disyuntiva. O colaboran conmigo o van a la cárcel y será inútil que traten de sorprenderme, porque entonces la acusación se haría más seria.

Gaftan, buen perdedor, suspiró y sus hombros bajaron vencidos.

—¿Cómo hay que colaborar? Piense que me juego la vida de mi hijo y la mía propia —advirtió quejumbroso.

—Si yo atrapo al cerebro que organiza todo, no correrán ningún peligro. Usted podrá vivir pacíficamente de su joyería y de los ahorros magníficos que imagino tendrá en el Banco. Su muchacho

podrá casarse con una hermosa morenita de la que está enamorado, ella es muy bella.

—¿De quién habla, Peter? —preguntó el padre inquisitivo.

El joven carraspeó.

—De Luisa, ya la conoces. Nos hemos encontrado en la playa y me ha dicho que me espera en el club caraqueño del Guacamayo Amarillo.

—Anda muchacho, puedes ir con ella, y olvídate para siempre del tallado de piedras ilícitas.

Peter, que tenía evidentes deseos de alejarse, miró a su padre y éste asintió con la cabeza.

—Ve con ella, Peter, el americano tiene razón. Yo ya le responderé todo lo que sepa. Es hora ya de que tú también tengas tu vida propia, sin riesgos excesivos. Formar una familia que me diera un nieto no estaría nada mal.

—Gracias, padre. —Miró al investigador y dijo—: Disculpe por el ataque del cuchillo. Tenía que defenderme. Los diamantes valen mucho y no quería que me los robaran. Significaban mi vida y la de mi padre.

Jank, seguro de que era un buen muchacho, golpeó su espalda con la palma en ademán amistoso y dejó que se alejara.

—Bien Gaftan, ¿qué sabe usted de todo este sucio negocio?

—Sólo dos cosas, no le entretendré demasiado.

Y comenzó a hablar.

CAPÍTULO IX

Cuando el «Boeing» tetrarreactor aterrizó en el aeropuerto de Ciudad El Cabo, todos los pasajeros aguardaron a soltarse los cinturones de seguridad hasta que la orden fuera dada desde la cabina de mando, apareciendo en el luminoso.

Jank V. Kelly fue uno de los primeros en dirigirse a la salida.

La azafata hermosa, alta y esbelta, no pudo sustraerse a seguir con la mirada a aquel ejemplar masculino.

Un sol fuerte, brillante, bombardeó la faz del norteamericano al descender por la escalerilla.

En el aeropuerto, un hombre vestido de paisano, con aire anglosajón, se le acercó. Tras él iban dos agentes de uniforme de la policía de El Cabo.

—¿El señor Kelly? —preguntó inclinando ligeramente el ala del sombrero blanco, muy elegante.

—¿Es usted el inspector Neel?

—Yo mismo. Recibí su cable y le aseguro que es un asunto muy interesante el que le ha traído aquí.

—Estoy convencido de ello, inspector Neel. ¿Ha realizado las investigaciones que le solicité?

—Sí, por supuesto.

—Pues, no perdamos tiempo. Hay que entrar pronto en acción.

—Acompáñame. El coche, como usted pidió, no es el clásico policial, sino uno normal y corriente.

—Magnífico. No quisiera que se estropeará el caso.

Jank V. Kelly abordó el automóvil de la policía sudafricana y se acomodó en los asientos posteriores junto al inspector Neel.

El chófer y los dos agentes subieron delante y alzaron los cristales ligeramente oscuros para que no fuera fácil averiguar desde la calle quién viajaba dentro.

—A la superioridad le ha interesado vivamente el asunto que le

ha traído a usted a Ciudad El Cabo.

—Lo imagino.

—El robo y tráfico ilegal de diamantes está aquí muy perseguido, es más, las penas para estos actos son severas. No hay que olvidar que los diamantes son los que fortalecen nuestra moneda y constituyen nuestra más mimada producción.

—Lo sé, inspector Neel, por ello sé que tienen ustedes montados unos puestos de vigilancia, alambradas, cables de alta tensión, células fotoeléctricas, instalaciones muy complejas de armas electrónicas y un fuerte grupo policial encargado de proteger las minas, carreteras y toda clase de accesos, lo mismo hacia el interior del África negra que en la costa y, por supuesto, una gran vigilancia portuaria y de las playas aledañas.

Neel sonrió satisfecho y orgulloso por las palabras del norteamericano.

—Todo lo que ha dicho es cierto. Veo que usted ha estudiado a fondo nuestros medios de control para evitar el tráfico ilegal de diamantes. Ah, se me olvidaba, al marchar de aquí, todos los pasajeros deben pasar por un control de rayos X. No hay forma de sacar un brillante que no haya sido pagado previamente con los correspondientes impuestos estatales.

—Es una medida muy acertada —asintió Jank.

—Créame que sí. Es una forma de mantener los precios internacionales del mundo de los diamantes y derivados.

—Sé que no han de resultarle grato, pero toda su vigilancia es burlada por alguien que también se ha tomado la molestia de estudiar su sistema de control y ha sabido cómo hacerlo para pasar diamantes en gran escala que luego eran tallados en otra parte del globo. En una pequeña trastienda, eran convertidos en simples bombones que, mezclados con otras golosinas de igual tamaño, iban a parar a los países de destino para ser vendidos a precios muy altos y sustanciosos para el cerebro organizador de todo esté asunto de robo y tráfico ilegal de piedras preciosas.

—Si no fuera porque viene usted recomendado de Lord Vood, creería que está loco. No es tan fácil burlar nuestros controles, señor Kelly.

—Peto, como vengo recomendado por el presidente del Diamond Club, me concede un margen de confianza. ¿No es eso?

—No me queda otro remedio. Haré todo lo que me pida, siempre que no se salga de los artículos de nuestra legislación y me satisfará mucho que se marche con un desengaño.

—Eso me agradaría a mí también, inspector, pero me temo que no va a ser así.

—Bueno, después de todo, sería una gran suerte que hubiera descubierto a unos ladrones de diamantes. Siempre es conveniente y saneado eliminar a esa clase de sujetos.

Tras un breve silencio que Kelly aprovechó para ofrecer tabaco a los policías y tomar él un pitillo, inquirió:

—Tal como le pedí, ¿ha recogido el paquete de medicamentos que me auto envié por correo aéreo urgente?

—Sí, están en la guantera del coche. Le quedará luego la formalidad de firmar en el departamento de Correos. Aquí somos muy estrictos con las leyes, es el mejor medio de conservar el orden.

—Magnífico.

—Lo que no me agrada es que le hayan engañado diciéndole que aquí no encontraría los medicamentos que precisa para su dolencia cardíaca. Es cierto que las farmacias no facilitan mucha documentación médica y tendría que buscar lo que necesita previa receta de un doctor, pero no debería haber olvidado que, según la Prensa mundial, en Ciudad El Cabo tenemos los mejores cardiólogos del mundo y para nosotros, sus compatriotas, es todo un orgullo.

—Descuide inspector, no lo he olvidado, pero opino que los servicios de los famosos cardiólogos, va a hacerle más falta a usted que a mí. Deme el paquete, por favor.

Neel frunció el entrecejo, preocupado, y alargó la mano sin decir nada.

Uno de los agentes interpretó en el acto su silenciosa orden y le entregó el paquete que Jank abrió ante el inspector.

Tras quitarle los cartones, apareció una caja metálica, algo sucia y oliendo a mar.

—¿Ahí están los medicamentos? Esto me huele mal.

—Y a mí también inspector, a mí también —le respondió Jank irónico.

Luego, abrió la cajita.

—¡Diamantes! —exclamó anonadado. Luego repitió—: ¡Diamantes en bruto!

—Ya lo ve inspector Neel, es difícil sacar diamantes de la Unión Sudafricana pero es bastante fácil entrarlos, inclusive abusando de la amabilidad de la policía que se presta para recoger el alijo.

Ante la broma de Kelly, el inspector gruñó:

—¿Me está tomando el pelo?

Kelly sonrió de nuevo. El policía no era buen encajador de bromas y pensó que no era conveniente pincharlo demasiado.

—Inspector, estos diamantes son, por ahora, los únicos que se han podido recuperar de todo lo que se viene robando en las minas de su patria. Ya ve, no son simples sospechas, le traigo el cuerpo del delito y como observará, las piedras no son pequeñas.

—Sí, son de valor muy considerable —asintió Neel vivamente interesado, tomando entre sus dedos los diamantes sin pulir.

—Ahora inspector, me quedaré con estas piedras.

—¿Quedarse con ellas? Oh no, no puede ser. Las leyes son muy severas al respecto, debo confiscarlos.

—Lo sé —aceptó Jank con un suspiro que expresaba comprensión y paciencia a un tiempo—. Pero, va a prestármelos por un rato. No creo que vaya a recelar de mí después de traer los diamantes desde Venezuela. Espero que se le ocurra pensar que podía habérmelos quedado sin que nadie me dijera nada.

El inspector sabía que el contenido de aquella caja metálica valía una fortuna, pero asintió. El yanki tenía razón.

—De acuerdo, pero procure que no se pierda ninguna en la entrevista que va a realizar.

Jank cerró la caja y dijo casi con cinismo:

—Usted no lo notaría. Después de todo, no sabe las que hay.

—Me temo señor Kelly que es usted el hombre más cínico con el que me he topado en mi vida y espero que no se me enfade por el adjetivo.

—Oh no, no es el primero que me lo dice. Esperaba que fuera más original.

—Está bien, me callo, porque siempre tendrá algo para responder.

Tras hundir la mano en su bolsillo, extrañó un reloj de pulsera que tendió a Jank.

—Tome, el reloj especial que me pidió. Nuestro departamento de seguridad posee toda la clase de chismes empleados por el

espionaje internacional.

—Espero que funcione bien —repuso Jank colocándoselo en la muñeca.

—Eso espero yo también, lo cierto es que ya ha sido probado. Está fabricado en su país, así es que si no funciona será culpa de sus compatriotas.

Tras colocarse el reloj, entregó el suyo propio al inspector.

—Guárdemelo hasta luego. Sería sospechoso que me vieran dos relojes, ¿no le parece?

—Desde luego, piensa usted en todo. Espero que esto suceda hasta el final.

El coche se detuvo y el agente chófer indicó:

—Hemos llegado al punto convenido, inspector.

—De acuerdo. Ahora comprueben que los demás autos se hallen en la zona prevista.

—Mientras ustedes lo preparan todo, yo me marcho —dijo Jank —. Deséenme suerte. Por cierto, ¿no tendrán un periódico por ahí?

—¿Un periódico?

—Sí, es para envolver la caja de los diamantes. No es el embalaje más correcto para el rey de las gemas, pero me servirá.

Uno de los policías le tendió un periódico. En primera página, un rostro mundialmente famoso sonreía. Era el doctor Christian Barnard.

—El hombre que busca vive en el palacete playero que tiene el número doscientos. Lo verá enseguida, es muy lujoso. Siga recto.

Jank V. Kelly anduvo rápido por la acera inundada de sol al igual que la calzada de aquella avenida marítima de Ciudad El Cabo.

Allí sólo podían vivir los grandes potentados, pues los palacetes eran modernos, pero muy elegantes.

Encontró al fin el número doscientos y pensó que el contrabando y robo de diamantes daba para mucho a juzgar por el lujo que había allá.

La puerta se hallaba cerrada. Un largo muro, no demasiado alto, enrejado en su parte superior y protegido contra las miradas por setos de tuyas altas y espesas, rodeaba la mansión.

Jank optó por pulsar el timbre. No tardó en aparecer un hombre uniformado cuyo rostro cínico no agradó a Kelly.

—Quiero ver al dueño de todo esto.

El vigilante lo observó de reojo.

—¿Le ha dado cita?

—No, no ha tenido tiempo.

—Entonces, vuelva en otra ocasión, pero antes llame por teléfono.

El guardián había sido muy expeditivo y trató de cerrar la puerta, pero la caja envuelta en papel de periódico alcanzó su mentón.

Éste cayó hacia atrás, sumido en la inconsciencia. Jank miró la caja y exclamó para sí:

—Parece contundente.

Pasó al interior del recinto. Cerró la puerta y ocultó el cuerpo del guardián entre los setos para que no resultara demasiado vistoso tirado en medio de la entrada.

Había un jardín de aire muy moderno entre la verja y el palacete y una pequeña carretera rodeaba la vivienda.

Jank continuó por el camino de gravilla y pasó junto a la casa para ver que había tras ella, descubriendo un lugar que a muchos les hubiera gustado poseer.

En una piscina no demasiado grande, de forma irregular y llena de clarísima y fresca agua, una muchacha nadaba.

Fuera de ella, estiradas en el borde marmoleo, tres chicas más se doraban al sol, ataviadas con su correspondiente bikini, si es que podía llamarse así, debido a la escasez de tela.

Había una quinta joven sentada junto a una hamaca donde se estiraba un hombre, el único allí existente. Éste se protegía del sol con una sombrilla y sorbía un líquido helado a través de una cañita.

Una sola ojeada bastó a Jank para calibrar a aquel sujeto grueso y alto, no viejo, pero sí con muchas colgaduras de grasa en su cuerpo blanco pese a la magnífica piscina que poseía.

En su rostro redondo destacaban los grandes ojos de mirada lasciva mientras se dejaba acariciar las mejillas por la chica que tenía junto a sí y que era todo un ejemplar de sirena, aunque no de doncella.

Descendió las escalinatas que conducían a la piscina. No muy lejos, el mar brillaba bajo la potente luz solar.

El hombre de la hamaca se incorporó al descubrirle y las chicas

hicieron lo propio, aunque sus ceños no se fruncieron como el del sujeto de escaso cabello.

Jank descendió con toda normalidad, como si buscara asiento en un teatro escaso de público y con telón bajado.

Dejó que las miradas femeninas, plenas de interés, lo escrutaran. En la evidente comparación que ellas estaban haciendo, sin duda alguna salía perjudicado su anfitrión.

El tipo, ataviado con un traje de baño «Saint-Tropez», de calzón algo largo y con florecillas ridículas, habló a través de un dictáfono que tenía sobre la mesita en la que estaban las bebidas. A causa de la distancia, Jank no pudo entender lo que decía.

—No cabe duda, usted es Spencer —soltó Jank al detenerse. Con deseos de provocar agregó—: Me habían dicho que era un tipo grasiento y ridículo al que subyugan los buenos placeres, difíciles de pagar. —Miró en derredor—. Palacete costoso, piscina propia y hembras que seguro le sacan la sangre, porque no creo que vengan por sus atractivos físicos.

Las chicas no eran precisamente unas novatas capaces de azorarse y mantuvieron sus miradas fijas en el recién llegado que, por otra parte, era capaz de decir tantas cosas desagradables en la misma cara del intocable Spencer.

La chica que nadaba en la piscina salió de ella y las tres compañeras se incorporaron para ver mejor... o quizá pretendían que el recién llegado las viera mejor a ellas.

Eran como flores esplendorosas y rabiosamente atractivas, con perfume natural y embriagador, pero de las que tenían el tallo cortado y no tardarían en marchitarse.

El tal Spencer abrió los ojos desmesuradamente. Parecía que iban a saltar de sus cuencas mientras dedicaba furibundas miradas a Jank Kelly.

—¿Quién es usted, cómo se atreve a insultarme? ¡Voy a hacer que lo encierren por allanamiento de morada!

Todas aquellas preguntas y amenazas resultaron como un fuego de artillería lanzado contra Jank sobre el que no hizo la menor mella, pues siguió sonriente.

—Le responderé lo que pueda, Spencer. Me llamo Jank V. Kelly y estoy dispuesto a controlar el negocio de los diamantes por mí mismo, claro que le pagaré bien si sigue sacando los pedruscos de

las minas sin que le vean.

—¿Qué está diciendo?

En aquel momento, las chicas volvieron sus cabezas hacia la escalera por la cual aparecieron dos sujetos que bajaban raudos hacia la piscina. Empuñaban sendas automáticas provistas de silenciador. Jank les lanzó una mirada y sonrió despreciativo.

—Dígales que no cometan ninguna tontería. Habría de pesarles.

—Van a entregarle a la policía por allanamiento de morada, y me importa un rábano quien sea.

—Ya —asintió cuando tenía a los dos sujetos armados tras de sí. Miró hacia el mar, pues las olas batían en el mismísimo recinto de la residencia particular y preguntó—: Debe ser por ahí por donde salen nadando con el alijo de diamantes y luego lo pegan bajo un barco que se dirige a Venezuela.

—¡Terminad con él! —ordenó Spencer tajante.

—Aguarde un momento. Pronto verá que sé de qué te hablo.

Los dos guardianes quedaron con las armas en alto, indecisos.

Jank quitó el papel de periódico mostrando la caja.

—¿Sabe qué es esto?

—No, no lo conozco —se resistió pálido.

—Bien, la abriré. —Y mostró su contenido.

—¡Los diamantes! —Spencer brincó y luego ordenó a las chicas —: Largo, largo de aquí, pronto. Éste no es asunto para vosotras.

—Bien, veo que ahora los reconoce —dijo Jank satisfecho.

—¿Cómo los ha obtenido?

—Lo siento, Spencer, pero estoy controlando todo este negocio. Lo sé todo, menos la pequeña parte que le corresponde a usted y exceptuando el modo en que los saca de El Cabo. En adelante, lo llevaré todo yo.

—¿Está muy seguro? —preguntó sin poder apartar la mirada de los diamantes mientras sus guardaespaldas esperaban una orden para actuar.

—Tan seguro como de que voy a salir de aquí tan tranquilamente como he entrado. Sería una lástima que la policía le pidiera explicaciones. Les he comunicado que venía a verle, aunque por un asunto comercial. Ya sabe Spencer, si lo atrapan acusándolo de robo y tráfico de diamantes lo va a pasar muy mal. Para tales delitos, en El Cabo tienen penas muy severas. Los diamantes son la

riqueza nacional.

—Parece que está preparando la retirada —masculló Spencer mientras Jank procuraba que el reloj quedara encarado con el dueño de la mansión.

El grupo de las cinco chicas se había dirigido a la escalinata, pero habían quedado quietas en su base, a la expectativa.

—Vamos, Spencer, creo que me está subestimando. Ya le he dicho que lo sé todo, incluso que usted no es el cerebro organizador, sino simplemente un brazo. Si es buen chico, podrá continuar gozando de este pequeño paraíso afrodisíaco con estos bombones. En caso contrario, va a ver alrededor gruesos muros y un ventanuco con rejas por el que no pasará su grasiento cuerpo.

Spencer comenzó a sudar. No sabía qué resolución tomar.

—¿Qué pruebas tengo de que dice la verdad?

Tome la caja de los diamantes. Se la puso entre las manos.

Va a hacer salir este alijo de la misma forma que los anteriores.

—¿Por el sistema de pegarlo bajo la quilla del barco con los imanes?

—Sí —asintió Kelly, que se había desembarazado de los diamantes en bruto para obtener la confianza de aquel sujeto que le caía mal.

—¿Y cómo sé que el antiguo patrón ha cedido su puesto? —inquirió Spencer mirando inquisitivamente a su inesperado visitante, tratando de escrutar todas las reacciones de su rostro.

—Ésa es una sorpresa que pienso dar al final, porque tú no querrás que tu patrón vaya a «chirona», ¿verdad? Si te portas bien, tu familia no irá a la cárcel y quizá no me porte mal con vosotros.

Spencer palideció aún más. La palabra, «familia» había calado hondo en él.

—Está bien, ¿qué quiere? Sobre todo, que nuestro hombre no se vea envuelto en líos.

—Voy a controlar el negocio y para ello quiero saberlo todo. ¿De dónde obtienes los diamantes?

—De la Diamond Star, pero le advierto que si nos hace una jugarreta lo envío al infierno.

—No temas, Spencer, continúa. Tengo prisa, he de marcharme y dejaré estas piedras en tus manos para que vuelvan a salir hacia Venezuela.

—De acuerdo, ahí va. Los negros que trabajan en la Diamond Star han descubierto un filón de diamantes que no han declarado y que ocultan como pueden. Es un filón muy rico, algo fabuloso.

—Ellos arrancan las gemas de allí, pero ¿cómo las sacan del recinto de la mina con la vigilancia tan dura que hay?

—Van al *water-closet* número tres, y una vez encerrados dentro, arrojan los diamantes en el depósito en el que hay una rejilla para que las piedras no se pierdan por el desagüe. Cada negro que hace esto, recibe una prima especial una vez fuera de la mina.

—¿Y quién los controla?

—Un cabo de vigilancia apunta los nombres de los negros y saca los diamantes del depósito de agua. En una de las grandes que lleva encima por orden de la superioridad y que está vacía, introduce los diamantes. Así salen de la Diamond Star y luego me los trae a mí. Pegados a la quilla de un barco, en el cual nadie conoce la existencia de dichos diamantes, parten hacia Venezuela donde son tallados.

—Muy ingenioso. Ahora, creo que ya ha dicho suficiente.

Jank se giró bruscamente, sorprendiendo a los dos guardaespaldas. Golpeándolos en el estómago y mentón respectivamente, los lanzó al interior de la piscina donde perdieron sus armas. El trabajo fue suyo para salir a flote estando vestidos.

—¿Qué es esto? —inquirió Spencer furioso.

—Poca cosa. Ahora viene la policía hacia acá. Este reloj que llevo es un micrófono y el inspector Neel ha escuchado toda nuestra conversación. Dentro de unos segundos estará aquí.

—¡Maldita sea!

Spencer intentó golpear la cabeza de Jank con la caja metálica y pesada, pero sin saber cómo, se vio elevado en el aire y la caja arrancada de su mano.

Voló de cabeza hacia la piscina entre las risas de las chicas que contemplaron admiradas la presa de judo hecha por Kelly con toda limpieza.

En aquellos instantes, los coches policiales se detuvieron frente al palacete y una treintena de agentes bien pertrechados ocuparon el palacete corriendo hacia la piscina. El inspector Neel iba al frente de ellos.

—¡Kelly!

—Hola, inspector. Espero que haya escuchado con toda claridad.

—Sí, y me satisface decirle que he cambiado de opinión con respecto a los investigadores privados.

Jank se dejó estrechar la mano mientras los policías sacaban de la piscina a los tres sujetos.

Jank tendió a Neel la caja de diamantes y dijo:

—Esto es para usted, ya sabe a quién ha de devolverlos y que sigan sus éxitos, inspector. He de regresar inmediatamente a Londres. El caso para mí solo está en su punto rojo.

CAPÍTULO X

Mara Bannard observaba el perfil varonil de Jank V. Kelly mientras ambos permanecían sentados dentro del coche parado.

—La muerte de Micke me ha afectado sobremanera. Creo que toda la culpa fue mía al encontrar el brillante dentro de aquel bombón.

—No debes martirizarte. De no traértelo Micke, nada hubiera pasado. En cuanto a su muerte, creo que nadie habría resistido tanto como él.

—Sí, eso es cierto, tres días de agonía y mientras la policía martirizándome.

—Creo que el inspector encargado del caso todavía va a ciegas.

—Sí. Su obsesión radica en encontrar al hombre que le avisó por teléfono de lo ocurrido, lo mismo en el caso de Micke que en el homicidio del joyero holandés.

—No tardará mucho en descubrirlo, yo mismo se lo diré cuando el caso esté cerrado. Me pidieron silencio y un buen investigador privado debe ser extremadamente discreto, ha de mantener su ética profesional.

—Pero ¿estás seguro de que vas a solucionarlo? Llevamos ya cuatro horas dentro de este coche.

—Bueno, creo que soy un egoísta al retenerte a mi lado. La verdad es que me gusta tu proximidad.

Jank calló. A través del espejo retrovisor acababa de ver algo que le había llamado poderosamente la atención.

—¿Qué pasa?

—Mara, creo que debo proseguir la investigación. Acabo de ver lo que estaba esperando.

—¿Y qué es?

—Ya lo sabrás. Tú debes quedarte dentro del coche.

—Quiero ir contigo. Nada tengo que perder, estoy sola en el

mundo.

—Tú no estás sola, cariño.

La tomó por la barbilla y la besó en la boca. Los labios de Mara temblaron. Era la primera vez que Jank la besaba y no pudo ni articular las palabras.

—Dentro de cinco minutos justos llama a la policía y dile al inspector Krame que venga a toda velocidad.

—¿Al apartamento de Thelma?

—Sí. Acaba de entrar alguien importante y me voy a dar prisa antes de que desaparezca.

Abandonó el coche y con paso rápido se dirigió al edificio de lujosos apartamentos.

El ascensor le dejó en la planta en que vivía Thelma. Sin esperar, pulsó el timbre de la puerta.

Hubo de insistir antes de que le fuera franqueada la entrada. Al fin, la hoja de madera se abrió.

—¡Jank! —exclamó Thelma al verle.

—¿Te sorprende mi visita?

—Oh, no, claro que no —dijo ella. Lucía un ceñido vestido blanco que moldeaba su provocativa silueta.

Pese a que Thelma casi le cerraba la entrada, Kelly, haciéndose el desentendido, se introdujo en el apartamento.

—Como hace días que corro por ahí y no doy cuenta de nada a mi estimada colaboradora, gran especialista en brillantes, he creído que era hora de corregirme. Al fin y al cabo, eres la public relations del Diamond Club.

—Oh, sí, claro. Creo que te escucharé muy a gusto en un club. Ahora mismo iba a marcharme.

—Vamos, querida —le dijo asiéndola por los brazos.

Acercando su boca a la femenina, la besó en los labios. Ella contribuyó a la caricia.

De pronto, Thelma Dee se vio violentamente empujada hacia atrás. Fue a caer sobre una gran butaca.

Miró furiosa a Kelly e interrogó:

—¿Qué significa esto, qué modo es éste de tratarme?

—Vamos, querida. Soy un poco salvaje, un apache creo que dicen en París. A la mujer que se quiere se la trata a bofetadas y a empujones, dicen que de este modo ella se enamora más todavía.

De pronto, Thelma se irguió como una cobra dispuesta al ataque.

—A mí no me tratarás de esa forma.

—¿Ah, no? Claro, claro, tú eres más fina, más elegante —sentenció Jank apoyando su espalda contra la pared tras cerrar la puerta. Sacó un cigarrillo y con aire cínico se lo llevó a los labios.

—¿Qué te traes entre cejas? Parece que tus andan —das por ahí te han trastornado el juicio. La noche que te quedaste aquí fuiste más suave.

—Vamos, Thelma, ya puedes quitarte la careta.

Ella parpadeó visiblemente. Su rostro era una viva expresión interrogante.

—¿Qué insinúas?

—No sigas fingiendo. ¿De veras creíste que ibas a engatusarme hasta el punto de no dejarme ver claro?

—No te entiendo —insistió la mujer.

Jank expulsó el humo que había circulado por su garganta. Con aire comprensivo, pero sin abandonar la puerta, explicó:

—En el caso de los brillantes robados, tallados y traficados ilegalmente había varios grupos bien constituidos, pero con un cerebro coordinador que al parecer casi nadie conocía.

—No estoy muy al corriente del asunto. Tendrás que explicármelo mejor.

—Sí, me explicaré, no tengo prisa. Van Garen vendía la mercancía a los joyeros que luego la pasaban al público. El holandés tenía sus hombres que recogían las piedras entradas de contrabando en el muelle. Su secuaz, Dennis Bracket, pagaba a su vez a un par de matones que murieron al igual que Micke el estibador.

—Te explicas muy bien. Pareces un abogado ante un tribunal.

Kelly sonrió suficientemente y prosiguió:

—Todas las piedras preciosas pasaban de unas manos a otras bajo un estricto control de peso que era en realidad lo que las numeraba y diferenciaba unas de otras.

—Parece que sabes mucho.

—Sí, he avanzado bastante, pero creo que no hace falta explicar demasiado. He pasado por Venezuela y por Ciudad El Cabo. Creo que ya sabes por qué.

—¿Yo?

—Sí, tú, querida. En Ciudad El Cabo, el vicioso, pero a la vez cabeza de chorlito de tu hermano ya está en la cárcel y ha cantado de plano. Ahora sólo faltaba el cerebro organizador y lo tengo delante.

Thelma Dee suspiró. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, pero luego un relámpago brilló en sus pupilas astutas.

—Al fin podrás decir a lord Wood que lo sabes todo y cobrarás tu cheque en blanco.

—Sí.

—Yo puedo darte más, mucho más. Eres el hombre más sagaz e inteligente con el que me he topado nunca.

—¿Es un halago? —preguntó con sarcasmo.

—Tómalo como quieras, pero ya te he dicho, juntos podríamos hacer grandes cosas. Lo cierto es que no creí que me descubrieras. Lo había organizado todo tan bien...

—Antes de ir a Venezuela y Ciudad El Cabo ya sabía que eras el cerebro, pero debía llegar a ti después de unir todos los hilos.

—¿Cómo me descubriste?

—Fue fácil en el momento que perdiste la calma. Una mujer tan fría como tú... En fin, todos los asesinos pierden la calma en un momento dado y entonces caen.

—Pero ¿cuándo fue? —insistió ella.

—Cuando te quedaste a solas con Bracket. Quisiste hacernos tragar la píldora de que te había atacado tras escapar, pero olvidaste un detalle.

—¿Cuál?

—La puerta de la habitación en que estaba encerrado. Yo te había dado la llave a ti. Por tanto, para sorprenderte por la espalda, para salir de la habitación, como mínimo tenía que haber forzado la cerradura y él carecía de una mala ganzúa. Todo lo organizaste tú, cariño. Propusiste a Bracket ser tu socio confesándole que eras el cerebro de la organización y que si quería vivir debía eliminar rápidamente a Van Garen y de paso, si la policía me atrapaba a mí con el cadáver, todo resultaría mucho mejor.

—Pero ¿por qué habría de eliminar a Van Garen? —inquirió retadora.

—Muy sencillo, porque tú no me subestimabas y sabías que investigando en el apartamento de París Street acabaría por

percatarme de que Van Garen vivía a la vuelta de la esquina y que asociaría una cosa con la otra. Entonces, Van Garen resultaría un peligro.

Me ratifiqué que eras tú el hecho de que enviaras a Venezuela cheques a través del Banco londinense. El error que te perdió fue la llave de la habitación, yo no descubrí rasguño alguno en la cerradura y sospeché de ti aunque fingiera creerte.

—Bien, Jank, ¿te asocias conmigo, por última vez? Te advierto que ganarás, todo el dinero que quieras.

—Oh, no, el exceso de dinero le convierte a uno en abúlico y a mí me agrada divertirme ganándolo, de modo que será mejor que prepares tus cosas. En poco tiempo serás juzgada y quizá conducida a la horca por el cargo de asesinato contra la persona de Van Garen. Puede que tengas mucha suerte y sólo pases veinte años en la cárcel, claro que cuando salgas de ella ya no serás la hermosa Thelma. El tiempo no transcurre en vano y menos dentro de una penitenciaría.

—No seas estúpido, ahora eres tú quien me subestima. No voy a dejar que me lleves a la cárcel y tampoco creo que tengas pruebas suficientes para hacerlo.

—Pues sí, tengo las suficientes, pero Dennis Bracket me dará el resto con una confesión en toda regla. ¿Verdad, Bracket? Puedes salir, sé que estás ahí dentro. He, pasado abajo varias horas esperando para apresarlos a los dos juntos.

Bracket apareció en la puerta del pequeño cuarto para la criada, pero en su diestra llevaba una pistola con la que encañonó a Jank.

—Lo ha descubierto todo, maldito entrometido —rugió.

—Es inútil que pretenda amenazarme con ese chisme. Ahora ya debe estar llegando la policía con el inspector Kramer al frente.

Efectivamente, en aquellos instantes escucharon las estridentes sirenas de la policía que se acercaba.

—¡Mátalo, Bracket, así escaparemos, todavía estamos a tiempo! —gritó Thelma.

Jank Kelly aguardó estoico y sonriente, con desprecio hacia las palabras de la astuta Thelma Dee.

—Bracket, no seas tonto. Si disparas perderás la posibilidad de vivir. Las órdenes que he dejado es de que rodeen la casa y que nadie escape, pues Scotland Yard tiene las identificaciones de

ambos. Si me mandas al infierno, ellos te colgarán mientras que si eres buen chico y luego contratas un abogado que sea medianamente bueno, te evitarás la horca alegando que ella te coaccionó para que cometieras el asesinato de Van Garen, que era tu vida o la de él. Pueden salirte veinte años, pero seguirás viviendo y ¡quién sabe!, a lo mejor una amnistía te pone en la calle antes.

La mano armada de Bracket, siempre práctico para conservar su vida, titubeó, pero al fin bajó el cañón de la automática y la arrojó contra el piso.

—Usted gana, Kelly. Siempre he pensado que lo mejor es seguir viviendo.

—¡Estúpido, hay que matarlo y escapar! —increpó Thelma.

Se lanzó al suelo como una pantera para atenazar el arma y disparar contra el investigador, más un simple punterazo de Kelly envió la pistola lejos de su alcance mientras ella quedaba tendida en el suelo.

En aquel momento llamaron a la puerta en nombre de la ley. Era el inspector Kramer y los agentes que le acompañaban.

Jank franqueó la entrada y señalando el suelo dijo:

—Ahí tiene lo que buscaba, inspector. La pareja es suya. Por el camino le irán contando, yo lo haré luego. Ahora tengo prisa, alguien me espera abajo.

—¡Maldito! —chilló Thelma histérica y desmoronada, todavía humillada en el suelo.

—Adiós, querida, espero que dentro de veinte años no estés muy ajada.

Abandonó el apartamento y el inspector Kramer, mientras sus agentes cerraban las esposas en torno a las muñecas de la pareja arrestada, trató de detener a Jank que se le escapaba en el ascensor.

—¡Espere, espere, quiero saberlo todo!

—Luego, ya se lo he dicho. Ahora tengo prisa.

Minutos más tarde, besaba de nuevo a Mara dentro del automóvil.

—Querida, creo que vale la pena rellenar el cheque en blanco con una buena cantidad. Nos va a hacer falta una casa y a ti muchos vestidos y ¿por qué no? También pediremos a un joyero que prepare una buena joya con este pedrusco.

Al abrir la mano, la joven descubrió el brillante que tan bien

conocía.

—Jank, ¿es el verdadero?

—Sí, claro, y no creo que el Diamond Club vaya a negármelo. Podría ocurrírseme añadirle un cero a la cantidad que pondré en el cheque en blanco.

—¡Jank, Jank!

Esta vez fue Mara quien besó al hombre y de un modo tan arrollador que un policeman que, junto a la acera, observaba la labor de sus compañeros, se vio obligado a golpear el cristal del coche llamándoles la atención.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

